

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO CERVANTES BALMES CISNEROS

ÉPOCA 6.^a—AÑO XVII.—TOMO XV

REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

NÚMERO SUELTO, UNA PESETA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MADRID Y PROVINCIAS		NÚMERO 11.—Madrid 15 de Junio de 1892	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN EXTRANJERO	
Un mes.....	1,50 pts.		Seis meses.....	11 francos.
Tres meses.....	4 "	Un año.....	21 "	
Seis meses.....	7,50 "	FILIPINAS Y AMÉRICA		
Un año.....	15 "	Seis meses.....	3 ps. fs.	
CUBA Y PUERTO RICO		Un año.....	5 "	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.			
Un año.....	4 "			



¡TRISTE CENA!

SUMARIO

TEXTOS

La quincena, por Francisco de Paula Salcedo.—Grabados, por Antonio de Olmedo.—Boletín religioso, por J. F.—La Pasión de Jesucristo, por el P. Miguel Mir.—Comunión en el campo, por Valentín Gómez.—Estudios bíblicos, por Vicente Calatayud.—Don Vicente Calatayud y Bonmatí, por Angel Salcedo.—La Semana Santa en Manila, por Francisco Aguilar y Biosca.—Reclamos.—Anuncios.

GRABADOS

Triste cena.—Don Vicente Calatayud.—Madre é hija.—Lord Strafford marchando al cadalso.—Guillermo Tell.—Patio del Palacio arzobispal de Alcalá de Henares.

LA QUINCENA

PASÓ el primero de Mayo sin que se realizaran las tristes profecías que venían haciéndose en todos los tonos; y ahora, cuando menos se esperaba, surge de nuevo el problema social, planteado con audacia y resolución inconcebibles por los obreros de Barcelona. En qué vendrán á parar los sucesos que se vienen desarrollando en la capital del Principado, es cosa que no se sabe. Por lo pronto, ya el gobernador civil de la provincia ha declinado el mando en la autoridad militar, que ha proclamado el estado de sitio, vista la imposibilidad de que lleguen á un razonado acuerdo obreros y fabricantes.

Y la verdad es que ahora no reina en Barcelona, ni en el resto del Principado, cual otras veces, la miseria, pues no ha subido el valor de las subsistencias, ni hay falta de trabajo, ni los patronos han disminuído los salarios; precisamente la situación industrial de la capital de Cataluña era, hace pocos días, más próspera que lo ha sido en ninguna otra época. La huelga carece, pues, de fundamento serio; y en efecto, las noticias que de allí se reciben están conformes en asegurar que el motivo de la presente huelga no es otro que el amor propio herido de los obreros; porque éstos, cediendo ya en su pretensión de aumento de salario á los estampadores, cediendo también en la de que los *esquirols* ó trabajadores no asociados sean despedidos, exigen que se admita nuevamente en las fábricas á todos los que voluntariamente las abandonaron.

Como consecuencia del estado de sitio, el Gobierno ha reforzado la guarnición de Barcelona y ordenado á la escuadra de instrucción que á toda vela se dirija hacia las costas catalanas y se presente allí también. De persistir los obreros en su actitud sediciosa, claro es que han de sobrevenir para Barcelona días de luto y sangre, pues las autoridades militares están decididas á obrar con toda energía al menor asomo de que pueda alterarse el orden público. Y el Gobierno tiene el deber de mostrarse en este caso enérgico y decidido, pues no sólo representa el principio de autoridad, sagrado ahora como siempre, sino que también el de defender la libertad industrial, atacada por los huelguistas al imponer la clausura de las fábricas y maltratar á aquellos de sus compañeros que acuden al trabajo, y defender asimismo el derecho de propiedad que niegan los que tratan de imponer por la fuerza el alza de los salarios.

Desde que se ha declarado en la ciudad condal el estado de sitio, los ánimos se han abierto á la esperanza, y aquí en Madrid considérase ya punto menos que conjurado el conflicto, no precisamente porque las leyes excepcionales inspiren hoy, después de tantas y tan dolorosas experiencias, más confianza que las prescripciones del derecho común, sino porque se espera mucho de las dotes, verdaderamente singulares, que adornan al capitán general de Cataluña D. Ramón Blanco. Este ilustre soldado reúne, en efecto, á un entendimiento clarísimo, un profundo conocimiento del carácter catalán; es allí querido como ningún otro gobernante lo ha sido, porque ha sabido vencer, durante el

ya largo período de su mando, circunstancias azarosas y verdaderamente terribles, sin vanos alardes de autoridad ni inútiles derramamientos de sangre; y es, por tanto, el hombre más apropiado para conjurar la tormenta que se cierne hoy amenazadora sobre la capital del Principado.

De todos modos, Dios quiera que en el próximo número podamos congratularnos de que se hayan desvanecido las sombrías nubes que ennegrecen ahora los horizontes de la industriosa y próspera Cataluña.

**

El Sr. D. Felipe Mora ha dado á conocer en el Círculo de la Unión Mercantil un proyecto útil, beneficioso, y que contribuiría grandemente, de llegar á realizarse, á la transformación de la capital de España.

Consiste dicho proyecto en utilizar un magnífico salto de agua del Guadarrama para su aprovechamiento industrial en Torrelodones, y poder transportar á Madrid una fuerza de 1.400 caballos y un caudal de 2.000 litros de agua por segundo, que serían aprovechables, tanto en la capital como en los pueblos del tránsito. Para ello, el Sr. Mora solicita del Gobierno la concesión del canal de Gasco, hoy abandonado, y por cuyo cauce corre ahora débil corriente que en los calurosos meses del estío es absorbida por el terreno arenoso que atraviesa, y no sirve absolutamente para nada. Según el señor Mora, las aguas del Guadarrama, no sólo duplicarían el caudal que hoy nos aporta el Lozoya, sino que por la mayor elevación del depósito podría llegar el agua á los barrios á que no alcanza el nivel del canal hoy existente, y del que sería un complemento el que se proyecta ahora.

Pero se nos ocurre una observación. El autor del proyecto trata de utilizar la fuerza del salto de agua convirtiéndola en energía eléctrica, y si bien es cierto que el problema de la transmisión de dicha energía se halla hoy resuelto científicamente, no lo está, que nosotros sepamos, desde el punto de vista industrial, pues así se demostró, si no nos es infiel la memoria, en las experiencias que se celebraron durante el verano pasado en la Exposición de electricidad de Francfort; y por otra parte, la presa de arcilla que proyecta el Sr. Mora, ¿será suficiente á resistir el empuje del inmenso caudal de aguas que ha de contener, sin que sobrevengan filtraciones que, al cabo de algun tiempo, la inutilicen por completo? Y si una vez comenzadas las obras y rechazada la arcilla por inútil hay que emprender el hacer la presa de mampostería, ¿ha calculado bien el Sr. Mora lo que vendría á costar la obra, dada la magnitud de la misma?

Ligeras observaciones son éstas que se nos ocurren al correr de la pluma, y fundadas tan solo en las pocas noticias que del proyecto tenemos. El Sr. Mora, al lanzarse á empresa de tal magnitud, claro es que habrá tenido en cuenta todas las dificultades inherentes á la misma. Si el autor del proyecto consigue dotar á Madrid de motores para la industria y de agua bastante á fertilizar los áridos campos que lo rodean, habrá realizado una obra que le agradecerán seguramente sus contemporáneos y la posteridad.

**

La *Gaceta* del día 8 del corriente publicó el siguiente decreto:

«S. M. la Reina (Q. D. G.), Regente del reino, en nombre de su augusto hijo, por decreto fecha 5 del actual, se ha dignado nombrar para la iglesia y arzobispado de Valencia, vacante por traslación de D. Antolín Monescillo y Viso, á D. Ciriaco María Sancha y Hervás, Obispo de Madrid-Alcalá.

Y habiendo sido aceptado este nombramiento, se están practicando las informaciones y di-

ligencias necesarias para la presentación á la Santa Sede.»

El Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá va, pues, á Valencia á cumplir la voluntad de Dios, como de Santiago de Cuba fué á la diócesis de Avila, como de Avila vino á Madrid, y como ira á donde quiera que la Iglesia tenga necesidad de utilizar sus relevantes dotes de entendimiento y de carácter, que le hacen brillar como astro de primera magnitud en el firmamento de la Iglesia Católica.

El Sr. Sancha y Hervás ha sido dignísimo sucesor del mártir que regó con su sangre generosa los cimientos de la diócesis madrileña. La historia de su pontificado es una de las más gloriosas que registran los anales de la Iglesia española; lo que ha hecho en los pocos años que ha permanecido entre nosotros, basta para honrar la vida de un apóstol, y para que hoy todos los que han sido sus súbditos espirituales, sientan y lloren su partida como pueden los buenos hijos sentir y llorar la ausencia de un padre amado y amantísimo.

Comprendemos la alegría que experimentan los pechos valencianos al conocer el nombre del sucesor que la Providencia ha deparado al ilustre Cardenal Monescillo. Diríase que Santo Tomás de Villanueva no cesa de rogar en el cielo por aquella su amada diócesis y de pedir para ella á Dios Obispos que lo sean según el espíritu del Evangelio y á la altura de su difícil y trabajosa misión. Que aquella tierra tan pródiga en flores no tenga espinas para su nuevo Pastor, y que éste encuentre en las orillas encantadoras del Turia corazones que lo amen tanto como los que, privados ahora de su presencia, consagrarán siempre un recuerdo á su segundo Obispo y eternamente bendecirán su memoria.

Nosotros también esperamos que otro nuevo apóstol vendrá pronto á ocupar el puesto que deja vacante nuestro amadísimo Padre y á consolidar las grandes obras llevadas por éste á cabo durante el tiempo que ha gobernado la diócesis de Madrid Alcalá.

**

El domingo 5 del corriente mes ha presenciado la capital de España un espectáculo por todo extremo singular é interesante. Algunos millares de piadosas personas, pertenecientes á la Asociación de la Guardia de Honor, establecida en la Parroquia de San Martín de esta corte, concibieron el pensamiento de ir á la hora del alba en devota romería á la Casa de Campo, y recibir allí la sagrada Comunión de manos de nuestro reverendísimo Prelado.

Lo mismo en la esfera de la política que en la de la Religión, en el mundo estruendoso de los negocios que en este otro más modesto y silencioso de la piedad, sucede en nuestra patria un singular fenómeno. Basta que á un espíritu dotado de iniciativa se le ocurra una idea, buena en sí misma, pero que se aparte de alguna manera del estrecho molde en que el convencionalismo imperante se empeña en vaciar nuestra conducta y las manifestaciones todas de nuestra vida, para que los hombres prudentes salgan alborotando por esos mundos, augurando no sabemos cuántas calamidades, que de llevarse aquella idea á la práctica han de sobrevenir forzosamente, y diciendo horrores del pobre loco á quien pudo ocurrirse semejante desatino, sin tener en cuenta los sagrados intereses que por causa de su realización van á comprometerse.

Desde que se inició la idea original, poética y grandiosa que la Guardia de Honor ha llevado á cabo con grandísimo éxito, perdemos ya la cuenta de las cosas que hemos oído, capaces de poner los pelos de punta al hombre más sereno. ¡Qué pretexto á los librepensadores, á los enemigos de nuestras creencias, para que recrudezcan sus ataques á nuestros sentimientos religiosos y á las augustas ceremonias de nuestro culto! ¿A quién se le ocurre ir á comulgar á

la Casa de Campo? Para eso está la iglesia; á la Casa de Campo se va á merendar por las tardes. El asunto, por lo inusitado, se presta á la chacota, y tontos serán nuestros adversarios si dejan escapar la ocasión que tan cándidamente vamos á ofrecerles. A personas, no ya católicas, sino piadosas, las hemos oído abundar en las mismas ideas, y hasta censurar á nuestro amadísimo Prelado, porque no se oponía á la realización de tamaño disparate. ¿Y las lecciones de la experiencia, nos decían, tan pronto se olvidan? ¿Y los petardos? ¿Y el Rosario de la Aurora de Valencia?

Pero las personas que concibieron la idea no son, por lo que se ve, de las que retroceden ante pueriles y fantásticos temores; y en la mañana del domingo 5 del corriente se realizó con extraordinario esplendor la imponente manifestación religiosa. Más de 6.000 almas reunidas en la parroquia de San Martín y en su inmediaciones, se pusieron en marcha, á las cinco en punto de la mañana, formando una masa compacta, verdadero tumulto ordenado y pacífico, muchedumbre clamorosa, en la que no hacían falta puestos previamente señalados, ni agentes de policía para mantener el orden, porque todos y cada uno están interesados en mantenerlo; y precedida de músicas militares, cantando la Letanía de los Santos, y el himno del *Sagrado Corazón*, en pos de los bordados estandartes que flotaban en los aires como las banderas de la inmortalidad, y presidida por nuestro amadísimo Prelado y por el Ilmo. Sr. Obispo de Tarragona, Vicario general castrense, atravesó aquella devota multitud las calles de Silva, Bola, plaza de Oriente, calle de Bailén y paseo de San Vicente, cruzó los espléndidos jardines del Campo del Moro, atravesó el río, cubierto á aquella hora con su velo matinal de impalpable gasa, é internándose por las magníficas alamedas y umbrosas calles de la Casa de Campo, se detuvo en una de ellas, á cuyo extremo, bajo la altísima bóveda que forman allá en la altura, entretejiendo sus ramas, los álamos blancos, se erigía un altar, todo de flores campestres; bellísimo trono que los empleados de la régia posesión habían erigido para que sirviera de florido escabel á la Reina de los Angeles y de los hombres, á la augusta emperatriz de todo lo creado.

No añadimos una palabra más á la descripción de aquella conmovedora ceremonia. Porque en otro lugar del periódico verán nuestros lectores el artículo que á la misma ha dedicado el esclarecido director de *El Movimiento Católico*, D. Valentín Gómez; y justo es que cuando hablan los maestros se retiren por el foro modestamente los discípulos.

FRANCISCO DE PAULA SALCEDO.

GRABADOS

Triste cena! —(Pág. 161)

Un grupo de niños huérfanos de padre, comen en un extremo de la mesa, acompañados de la abuela, que cuida del más pequeño: la hermanita mayor refleja en su rostro dolor y sobresalto, viendo á su madre que en el otro extremo llora abatida y desconsolada. La escopeta que pende del muro, hace adivinar que allí falta un hombre, cuya ausencia llena de angustia y de tristeza aquel lugar abandonado.

El artista ha sabido dar á su cuadro ese tinte conmovedor y melancólico que hace sentir verdaderamente al espectador el vacío de la muerte, y le lleva á la imaginación recuerdos de desgracias y desventuras.

Madre ó hija. —(Pág. 165).

En una de esas escenas íntimas de la vida de la familia, fecho manantial de sentimiento, y, por lo tanto, de inspiración artística, ha buscado el autor del cuadro que reproducimos hoy en nuestro número asunto para llenar su tela.

El cuadro resulta delicado y bien sentido; la madre está arreglando el pendiente de su hija, con la delicadeza que sólo las madres saben poner en el desempeño de esas funciones. La niña, tierno retoño de rubia cabellera, aguarda sumisa á que termine la ejecución de ese detalle de culto externo, para saltar y jugar por el campo, revoloteando como las mariposas.

Pertenece este cuadro á la escuela inglesa; no puede negar su procedencia por la delicadeza de los detalles y el instinto de observación.

Lord Strafford marchando al cadalso. —(Pág. 168.)

Este personaje de la corte de Carlos I, fué célebre por el favor que le dispensó el Rey, y también por su trágica muerte. Nació en Londres en 1593. Fué individuo del Parlamento, en el que defendió contra Buckingham las franquicias nacionales; rehusó el pago de un impuesto ilegal, y fué, por este hecho, privado de sus cargos y desterrado de Londres. Reapareció en la escena política en 1628, hizo adoptar la famosa *Petición de derechos* y á la muerte de Buckingham, Carlos I lo nombró Par del reino y Gobernador de Irlanda. Su administración se hizo notable por las importantes mejoras que introdujo; pero mal secundado por el Rey, Strafford aceptó la responsabilidad de ciertos actos que escitaron general irritación y honda animosidad contra él; y cobardemente abandonado por el monarca en la hora del peligro, fué acusado de traición y compareció ante el Tribunal de los Lores, quienes lo condenaron á ser decapitado.

El grabado que ofrecemos á nuestros lectores es copia del célebre cuadro de Delaroche, y representa el momento en que Lord Strafford, marchando al patíbulo, se arrodilló debajo de las ventanas del calabozo en que se hallaba encerrado el Obispo Land, para recibir de éste la última bendición.

En el reinado de Carlos II fué rehabilitada la memoria del noble lord, que pertenecía á una familia de sangre real.

Guillermo Tell. —(Pág. 169.)

Conocidos es de todos, y popular como pocos nombres en la historia, el del jefe de la revolución suiza de 1307. Nació en el cantón de Uri, y dió á conocer su odio á la tiranía, de un modo cuya autenticidad no está bien reconocida por los historiadores. Parece que Gessler, gobernador de Suiza, habia colocado en la punta de un asta un rico gorro bordado de oro, que representaba el gorro ducal de Austria, mandando que todos, al pasar junto á él, se descubriesen, doblando la rodilla. Guillermo no quiso obedecer esta orden, y fué condenado por Gessler á derribar con una flecha una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo. Guillermo Tell salió triunfante de la bárbara prueba, pues tuvo la fortuna de atravesar la manzana sin tocar al niño. Mató á Gessler por venganza, y con este hecho dió comienzo la terrible guerra que dió por resultado la independencia de Suiza. Tell es reconocido por todos los historiadores como el libertador de su patria.

Patío del Palacio arzobispal de Alcalá de Henares.

(Página 173).

Entre los edificios notables que Alcalá de Henares encierra dentro de sus muros, se destaca el palacio Arzobispal, obra debida á los arquitectos Berruguete y Covarrubias. El edificio, que es una verdadera maravilla artística, se halla sin terminar, y se cree que en uno de sus salones se celebraron las Cortes de 1348, que publicaron el Código de las Siete Partidas y el Ordenamiento real.

La población de Alcalá que, según Estrada, ascendía en el año 1768, á 4.000 vecinos, fué disminuyendo desde la supresión de los conventos y de la traslación de la Universidad á Madrid, de modo que en 1842 habia quedado reducida á 864 vecinos y 3.968 almas. A su entrada hay gran número de torres y de hermosos edificios que hacen formar de ella una idea superior á su importancia. Las calles son espaciosas y rectas en general, sus casas desiguales, pero cómodas en su interior. Tiene unas Casas Consistoriales bastante buenas, teatro, varias escuelas, hospital, algunas posadas, molinos harineros y tahonas, tiendas de lienzos, paños, géneros ultramarinos y de abacería.

Entre los muchos edificios públicos que hay en Alcalá de Henares, á más del palacio Arzobispal, asunto de nuestro grabado, figuran el Colegio mayor de San Ildefonso, en el que permanecieron los estudios de su Universidad, hasta su traslación á la corte, en el año 1836; el Colegio llamado del Rey, por haberlo fundado Felipe II para la educación de los hijos de los dependientes del palacio real; y la iglesia magistral, única de este título en España, dedicada á los santos niños Justo y Pastor, cuyas reliquias se veneran en la misma; á esta iglesia se trasladaron en 1850 el sepulcro y restos mortales del gran Cardenal Jiménez de Cisneros, que se encontraban en la Universidad. Además de este suntuoso templo se cuentan en Alcalá el de Santa María la Mayor, donde fué bautizado el 9 de Octubre de 1547 Miguel de Cervantes Saavedra; el de Santo Domingo, y las iglesias del Hospital de Nuestra Señora de la Misericordia, el oratorio de San Felipe Neri y algunas otras.

BOLETÍN RELIGIOSO

Almanaque religioso (segunda quincena de Junio.)

16. † Jueves. —SANTÍSSIMUM CORPUS CHRISTI. —Santos Quirico, Ferreolo, presbíteros, Ferruci, diácono, y Aureo mártires; Aureliano y Juan Francisco Regis, confesor; Santas Julita y Faustina, mártires.

17. Viernes. —Santos Manuel, Sabelo, Ismael, Montano, Nicandro, Félix, Isauro, Inocencio y Jeremías, mártires, y el beato Pablo de Arezzo, confesor; Santa Teresa, reina, y Nuestra Señora del Puerto, en Madrid.

18. Sábado. —Santos Ciriaco, Marco, Marcelliano, Leoncio y Eterio, mártires; Amando, obispo y confesor, y Calogero, ermitaño. Santas Paula, martir, Isabel y Marina, vírgenes.

19. † Domingo II DESPUÉS DE PENTECOSTÉS. —*Infraoctava del Corpus*. —Santos Gaudencio, obispo, y Culmacio, diácono, mártires; Gervasio, Protasio, Lamberto, Ursicino, Bonifacio y Zósimo, mártires. Santa Juliana de Falconeri, virgen y fundadora.

20. Lunes. —Santos Silverio, Papa y martir, Pablo y Ciriaco, mártires, Macario, obispo, y Novato, confesor. Santa Florentina, virgen.

21. Martes. —Santos Terencio, obispo y martir; Rufino, Marcio, Ciriaco, Apolinar y Albano, mártires, Leutfrido, abad, y Luis Gonzaga, confesor.

22. Miércoles. —Santos Albano, Acacio y 10.000 compañeros mártires; Paulino, Niceas y Juan, obispos. —Santas Consorcía, virgen y Nuestra Señora de la Estrella en Mosqueruela.

23. Jueves. —Santos Juan y Félix, presbíteros y mártires; Zenón y Zenás, mártires.

24. Viernes. —El Sacratísimo Corazón de Jesús. —La Natividad de San Juan Bautista. —Santos Orencio, Eroses, Farnacio, Fermín, Ciriaco, Firmo y Longinos, hermanos mártires, Agoardo, Agliberto, Fausto y 23 compañeros mártires.

25. Sábado. —Santos Antidio, obispo y martir; Galicano, martir, Próspero de Aquitania, Máximo y Sosipatro, obispos y confesores; Adalberto y el Beato Juan, confesores. —Santas Orosia, Lucía y Febronia, vírgenes y mártires, y Nuestra Señora del Valle en Alcalá de Henares.

26. Domingo III DESPUÉS DE PENTECOSTÉS. —El Purísimo Corazón de la B. V. María. —Santos Salvo, obispo y martir; Juan y Pablo, hermanos. Pelagio y Superio, mártires.

27. Lunes. —Santos Crescente, Anecto, Zoilo y 10 compañeros mártires; Sansón y Juan, presbíteros, y Ladislao I, rey de Hungría.

28. Martes. —Santos Ireneo y Benigno, obispos y mártires; Plutarco, Sereno, Heráclides, Herón y Papio, mártires; León II y Pablo I, Papas y confesores. —Ayuno. —Abstinencia de carne.

29. Miércoles. —Santos Pedro y Pablo Apóstoles, Marcelo y Anastasio, mártires; Siro, Papa, y Casio, obispo.

30. Jueves. —La Conmemoración de San Pablo Apóstol. —Santos Basílides, martir; Marcial, obispo y confesor; Cayo, Alpiniano, Ostiano, prosbíteros, y León, subdiácono.

Lo mismo que decíamos en el número anterior, relativamente á la fiesta de la Santísima Trinidad, puede asegurarse de la del Santísimo Sacramento; esto es, que su antigüedad se remonta á la infancia de la humanidad. Los Patriarcas la celebraron ofreciendo sacrificios simbólicos de la gran *Victima*, y todos los pueblos renovaban también su memoria en las ensangrentadas aras de sus altares, porque el género humano recibió la idea del sacrificio de la idea revelada primitivamente de una víctima sin mancha, capaz de espiar los crímenes de la humanidad. ¿Cómo había de ocurrirse al hombre que la sangre de un animal podía apaciguar la ira de Dios y atraer sobre los pueblos su misericordia? Así, pues, todos los sacrificios antiguos eran simbólicos del gran sacrificio del Calvario, y poco importa, como dice monsieur de Maistre, que el paganismo alterase la noción de este profundo misterio, pues no por esto es menos cierto el hecho en que nos ocupamos.

Pero la festividad de la Sagrada Eucaristía es continua en la tierra desde la publicación del Evangelio especialmente. Los Apóstoles, fieles al mandato recibido en la noche de la Cena, es á saber, que renovasen el misterioso sacrificio de aquella noche memorable, y lo celebrasen en memoria del Divino Maestro, hicieron que la fiesta de la Eucaristía fuera tan antigua y universal como la Iglesia; y desde aquella remota época, no ha dejado de verse en un instante la divina sangre en todos los ámbitos de la tierra.

En otros tiempos, y aun también ahora, era el Jueves Santo la fiesta del Santísimo Sacramento; pero la Iglesia ha querido instituir otro día para celebrar tan augusto y sacrosanto misterio, al que puede considerarse como el corazón mismo del Catolicismo, fundamento de la fe, y por consiguiente, piedra angular de la Iglesia y de la sociedad. A la beata Juliana de Cornillon, religiosa del convento de Hospitalarias de la ciudad de Lieja, se debe en primer término el establecimiento de esta festividad.

Vencido por las fervorosas instancias de la humilde religiosa, el Obispo de Lieja declaró en su Sínodo de 1246 la institución de una fiesta particular del Santísimo Sacramento, cuya celebración pública y solemne prescribió en toda su diócesis. Los Canónigos de San Martín, de dicha ciudad de Lieja, fueron los primeros que la solemnizaron en 1249. El Papa Urbano IV fué el que instituyó la fiesta de que hablamos, como general para toda la Iglesia, mandando que se celebrase con la pompa de las festividades de primera clase. Señaló para este objeto el jueves después de la octava de Pentecostés, por dos razones: primera, por ser el primer jueves libre de los Oficios de la época pascual; y segunda, porque convenía tomar para ello aquel mismo día de la semana en que Nuestro Señor había instituido la Sagrada Eucaristía.

Urbano IV encargó al mismo tiempo á Santo Tomás de Aquino, que escribiera el Oficio propio del día; y el Santo doctor, dejándose llevar en alas de su fé, de su genio y de su devoción hacia tan sacrosanto misterio, compuso el Oficio del Santísimo Sacramento, verdadera obra maestra, considerada con justicia como el más hermoso de los Oficios de la Iglesia, tanto por la energía y la gracia de sus expresiones y el profundo conocimiento del Misterio Eucarístico que campea en todo él, como por la justa proporción de sus partes y la precisión de las relaciones entre las figuras del antiguo Testamento y las realidades del Nuevo.

A pesar de los esfuerzos del Papa Urbano IV, fué descuidándose algo, sobre todo después de su muerte, la celebración de esta fiesta. Pero en el Concilio general de Viena, reunido el año 1311, queriendo el Papa Clemente V darle, por fin, todo el esplendor y estabilidad que merecía, hizo que se recibiera y confirmara la Bula de institución expedida por Urbano IV. Todos los Padres del Concilio aceptaron con entusiasmo la angusta solemnidad, en presencia de los reyes de Francia, Inglaterra y Aragón. Así se estableció esta especie de triunfo que la Providencia divina preparaba de antemano, y que debía ya subsistir para siempre en la Iglesia, en reparación de los ultrajes que iba á recibir por parte de los sectarios de los siguientes siglos, el más augusto y amable de nuestros misterios.

La parte más esplendente de los Oficios del día de *Corpus*, es la procesión solemne, instituida por el Papa Urbano IV, y que el Concilio de Trento mandó que se celebrara con pompa y magnificencia extraordinarias en toda la Iglesia.

* *

Si á la fiesta del Santísimo Sacramento va indisolublemente unido el nombre de la bienaventurada Juliana de Cornillon, imposible es hablar de la festividad del Sagrado Corazón de Jesús sin traer á la memoria el recuerdo de la Beata Margarita María de Alacoque, la humilde religiosa del convento de la Visitación de Paray-le-Monial. Esta devoción ha arraigado tan profundamente entre nosotros, y ha llegado, en poco tiempo, á ser tan popular, que su historia es ya cosa vulgar y corriente, sabida de todas las personas piadosas y aun de muchas que no lo son; por lo que no nos detendremos á relatarla, máxime habiéndose publicado por doctísimos escritores libros admirables acerca del asunto que hoy andan en manos de todos.

Sólo diremos que el Papa Clemente XII fué el primero que aprobó la fiesta y el oficio del



D. VICENTE CALATAYUD

Sagrado Corazón para el reino de Polonia; algunos años más tarde, el reino de Portugal solicitó y obtuvo el mismo favor. Los Obispos de Francia, según un acuerdo tomado con este objeto en la famosa Asamblea del Clero de 1765, habían adoptado ya generalmente la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, en sus diócesis, y desde esta época fué siempre en aumento hasta el Pontificado de Pío VI.

Este gran Pontífice, de santa y gloriosísima memoria, aprobó nuevamente esta saludable devoción, condenando á los que se atreviesen á combatirla; y fijó la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en el viernes de la octava del Santísimo Sacramento, según la revelación hecha por el mismo Jesucristo á la Bienaventurada Margarita María. Para darle más pompa, las iglesias de Francia la celebran en el segundo domingo de Julio.

En nuestra patria se ha propagado el culto al Sagrado Corazón de Jesús con asombrosa rapidez. Quizás no exista pueblo alguno de la monarquía, por pequeño é insignificante que sea, ni establecimiento de enseñanza ó de beneficencia, verdaderamente cristiano, donde no se halle establecido el Apostolado de la Oración, y sea el Corazón de Jesús objeto de una devoción especialísima.

* *

Por último, también en esta quincena se celebra la festividad de los Santos Apóstoles Pe-

dro y Pablo; de San Pedro, príncipe de los Apóstoles, Cabeza Visible de la Iglesia de Jesucristo, columna inmóvil de la Fe, como dijo el Concilio de Efeso; piedra y base de la Religión, como expresó el de Calcedonia; Vicario de Jesucristo en la tierra; y cimiento, como dice San Agustín, sobre que se fundó y aún subsiste la Santa Iglesia Católica; y de San Pablo, Doctor de las gentes y oráculo del mundo.

Ambos Apóstoles estuvieron juntos nueve meses en la cárcel mamertina, de la que salieron el 29 de Junio del año 68 de Jesucristo, para ser azotados y martirizados luego. Fueron sepultados en el Vaticano, y desde entonces fué su sepulcro, después del de Jesucristo, el más respetable y venerado de todo el mundo; comenzando el culto de estos dos grandes Apóstoles en la tierra, casi al mismo tiempo que dió principio su eterna felicidad en el cielo. Luego que el emperador Constantino dió la paz á la Iglesia, se levantaron en todas partes suntuosísimos templos en honor de los dos Santos Apóstoles, cabezas de nuestra sacrosanta Religión. El día 18 de Noviembre celebra la Iglesia la dedicación de las dos famosas Basílicas fundadas en Roma en honra de San Pedro y San Pablo, cuya construcción se atribuye al gran Constantino y en dedicación al Papa San Silvestre.

J. F.

La Pasión de Jesucristo

CAPÍTULO III

Entrada triunfante de Jesús en Jerusalén; últimas reyertas con sus enemigos y su profecía sobre la desolación de Israel.

(Conclusión).

CON el grandioso recibimiento hecho á Jesús en Jerusalén, parecía que la causa en él representada había entrado en caminos anunciadores de nuevos triunfos y prometedores de paz y seguridad para el Santo Maestro. La victoria había sido tan completa, la proclamación del pueblo tan espontánea y sincera, el respeto y simpática benevolencia hacia Jesús tan universal, que bien se podía esperar que la idea de ser Jesús el Mesías, tan hermosamente sancionada por la muchedumbre, se impondría á sus enemigos y les obligaría á reportarse en su odio y á dar de mano á los malvados proyectos que fomentaban contra él. Evidentemente, la opinión del pueblo estaba en su favor, y esta opinión se había declarado en términos tan claros y decisivos, que era muy difícil y peligroso contrastarla.

Vióse esto aún más claramente en otra ocasión, sucedida en aquellos días. Era el Templo de Jerusalén el único sitio donde, según la tradición judaica, se podía adorar á Dios y ofrecerle sacrificios; por esto con la inmensa muchedumbre que á él acudía era grandísimo el peligro de los desacatos, y no menor el de los abusos que con tal motivo podían cometerse. Estos abusos y escándalos habían llegado al extremo con la dominación y preponderancia del partido saduceo, pues como para las obligaciones del culto fuese necesario gran número de víctimas, no contentos con el mercado de animales que tenían en el monte del Olivar, y del cual la familia de Anás sacaba grandes provechos, habían establecido otro dentro del mismo Templo, á uno y á otro lado de la puerta de Shusán, y en el cual se vendían animales, vino, sal, harina y otros objetos necesarios al culto. Además, siendo obligación de todo buen israelita pagar cada año al Templo el tributo de medio siclo como rescate y redención de su alma, habíanse colocado muchos puestos y mesillas donde se cambiaban las monedas griegas y latinas que traían principalmente los judíos de la dispersión, por otras hebreas, únicas que valían para el tributo. Todo esto daba lugar á mil abusos; los animales se vendían á un precio exorbitante; el cambio de monedas se hacía á un tanto por ciento crecidísimo; el tráfico, en fin, y el negocio lo habían invadido todo. Quejábese de ello el pueblo, pero no le veía remedio, pues los que debían evitar tales abusos eran los primeros en fomentarlos, como quienes sacaban de ello sus utilidades y provechos.

Al ver Jesús aquella escandalosa profanación, ardiendo en celo de la gloria divina, y sin hacer caso de los muchos que interesaban en aquel abuso, ni de las autoridades del Templo, ni aun del mismo Sumo Sacerdote y su familia, bajo cuyo amparo se llevaba adelante, mandó que inmediatamente se despejase el lugar sagrado; y como algunos se resistiesen, tomó unos cordeles y emprendió contra ellos, desbaratando sus mesas y derramando por el suelo el dinero de los cambiantes, y diciendo: «¿Por ven-

tura no está escrito: mi casa es casa de oración para todas las gentes, y vosotros la habéis hecho cueva y guarida de ladrones?»

Estaba el pueblo suspenso y maravillado de la acción de Jesús, aprobando su celo y aplaudiendo la energía con que había salido en defensa del honor de Dios y de la santidad del Templo. Los discípulos de Jesús, testigos de esta aprobación, y viendo el crédito que con ella iba ganando su Maestro, esperarían quizá el triunfo definitivo de éste y su honor y glorificación universal. A tales imaginaciones se entregaban llevados del arrebatado del entusiasmo que á todos movía; mas no así Jesús, que guiado por razones más altas, no sólo no se dejaba llevar de tales entusiasmos, sino que cuanto cundía más el favor popular, más expuesta á grave peligro veía su vida y más próxima á estallar la tempestad que hacía tiempo le amenazaba.

Había venido Jesús al mundo, según había dicho á sus discípulos, para servir y dar su vida por la redención de muchos. Los sacrificios de la ley no habiendo sido bastantes á redimir los pecados de los hombres, Dios quería una satisfacción suficiente y condigna, y para tenerla había determinado que la segunda persona de la Trinidad augusta se vistiese de nuestra mortalidad y se sujetase á los padecimientos y miserias á que está sometida nuestra naturaleza, y aun arrostrase voluntariamente muerte violentísima, y sacrificase de esta manera su vida en holocausto á la Divina Majestad. Tal había sido el beneplácito de la voluntad soberana; y acatada ésta por Jesús desde el instante de su entrada en el mundo, se había ofrecido á cumplirla con pleno uso de su libertad y con el ímpetu de amor más vivo y entrañable que se ha visto en el mundo. Por esto su vida, aunque en lo exterior semejante á la de los demás hombres, fué en realidad de verdad un continuo holocausto. Su voluntad, rendida á la divina, al par que ejemplo de lo que debe ser la humana, fué rescate y redención de las prevaricaciones de los hombres. Con esta voluntad fuimos realmente, como dice San Pablo, santificados. Esta sumisión de la voluntad de Jesús á la de Dios dió á su vida un carácter de sublime grandeza, la más sublime que ha tenido vida humana. Elegido para padrón de salud ante todos los pueblos de la tierra, al entrar en este mundo díjose proféticamente de él que su vida había de ser para gloria y ensalzamiento, no menos que para ruina y humillación de muchos, y ni un momento dejó de verificarse esta fatídica palabra. La lucha con el mal y sus representantes y poderios constituyó la esencia de su naturaleza moral y la grandeza estupenda de su ministerio. Pudo, sin duda, tener el espíritu de Jesús sus momentos de gozo y de alegría y sus ocasiones de paz y de serenidad, pero aquel gozo y esta paz no fueron sino preludios de tristezas y tempestades. No vino á este mundo, como dijo, á traer paz, sino guerra y espada. Su palabra, llena de bondad y de misericordia para los buenos, fué de espantable severidad para los malos. El fuego de caridad que brotaba de su pecho inflamó en amor del cielo á los corazones de los virtuosos; pero levantó incendio de enconadas pasiones en los ánimos de los perversos. Su virtud sobrehumana, que atrajo al camino del bien á las almas rectas y bondadosas, no pudo menos de excitar implacable enemiga y contraste de parte de los malvados.

Esta lucha constituyó el sello de su poder y la trágica y terrible grandeza de su ministerio. Nadie conoció antes que él el término que había de tener esta lucha. Mucho antes que tomase el carácter de irritación y crueldad espantosa que se ha visto, entendió la serie de miserables acontecimientos que habían de prepararla y toda la trama de calumnias, intrigas y persecuciones que habían de armarle sus enemigos. En previsión de esto, hablaba del caliz de dolores que había de beber, de la persecución de que había de ser objeto de parte de los Príncipes del pueblo, de la muerte violenta que habían de darle, de la cruz en que había de ser levantado; mas obediente á la voz de Dios que le hablaba en lo íntimo de su corazón, ofrecíase á estos dolores como oveja que es llevada al matadero, no provocándolos, sino dejando que llegasen por sus pasos contados en el tiempo y en la hora señalada por la divina Providencia.

Hoy, esta hora estaba á punto de llegar. Desechados los sacrificios antiguos, iba á ofrecerse el nuevo que maravillosamente los había de contener á todos y suplirlos y perfeccionarlos. Pasado el tiempo de la enseñanza y del ejemplo, acercábase el de los tormentos y de la cruz. Cumplido el ministerio de Mesías del pueblo de Dios, iba Jesús á dar principio al de Redentor del género humano. Llegado el tiempo de la Alianza Nueva, que según la antigua profecía ¹ había Dios de asentar con la casa de Israel y con la casa de Judá, en virtud de la cual, había de escribir su ley, no en tablas de piedra, sino en lo interior de su corazón, y perdonar sus maldades y no acordarse más de sus iniquidades, había el Hijo eterno de Dios de presentarse como Mediador de este Nuevo Testamento, para que en redención de las prevaricaciones del antiguo recibiesen la repromisión de la eterna herencia los pueblos y naciones que habían de ser llamados á ella. Y á



MADRE É HIJA

esta empresa sublime, á este holocausto inefable, á esta cruz sangrienta corría el Redentor divino con una libertad y prontitud de ánimo absoluta, cual no la ha tenido jamás martir alguno en la tierra.

Pero si la voluntad de Jesús estaba pronta á cumplir la divina, no podía menos, como humana que era, de pasar por aquellas alternativas de exaltación y abatimiento á que está sujeta toda voluntad de hombre. Veía Jesús la grandeza del sacrificio que Dios le imponía, y ardiendo en celo de la divina gloria, lo abrazaba de todo corazón; pero conocedor de los trabajos y dolores que este sacrificio le iba consigo, los temía y repugnaba; deseaba cumplir la misión soberana que de su Padre había recibido, y deseábalo con tanta instancia, que verdaderamente se le angustiaba el corazón hasta verla cumplida; mas al poner la vista en el proceso de la pasión que tenía que arrostrar para desempeñarla, sentía desconsuelo y pavor y agonía indecibles.

Esta lucha y contraste de afectos del corazón de Jesús constituyeron la parte más íntima, más profunda y esencial de su pasión. De ella poco fué dado á conocer á nuestra inteligencia, aunque no dejamos de encontrar algunos vislumbres de ella en los historiadores sagrados. Entre otros merece ponderarse un acontecimiento pasado en uno de estos días, y que nos es referido con singulares pormenores por el Evangelista San Juan, puntualísimo observador de los afectos que brotaban en el corazón del divino Maestro en los días postreros de su vida en este mundo.

Fué así, que habiendo ido una vez Jesús al Templo, y estando en la parte de él á donde era lícito entrar á los gentiles, unos griegos de aquellos que solían ir á Jerusalén á tomar parte en el culto y ponerse bajo las alas del Dios de Israel y ofrecerle sacrificios, llamaron aparte á Felipe de Betsaida, uno de los discípulos de Jesús, y le manifestaron deseos de hablar á su Maestro. No dice el evangelista si realmente lo consiguieron; es de suponer que sí; pero sólo su propósito de hablar con Jesús, al ser conocido de éste, hubo de causar en él extraña impresión y sentimiento. Era, como es dicho, la ocasión en que deseada la misión de Israel, y no teniendo ya razón de ser la alianza antigua, iba á establecerse la nueva, por la cual todo el linaje de los hombres iba á entrar en el conocimiento de la verdad, adorar al Padre que está en los cielos,

y tener participación en las soberanas misericordias; y en aquella ocasión solemnísimamente, disponía la Providencia que se le presentasen aquellos buenos gentiles como para solicitar la entrada en la posesión de la herencia que había sido á todos prometida. En aquella hora, pues, ofrecióse á la vista de Jesús el misterio de la humana redención en toda su realidad y grandeza: el decreto de la divina voluntad y la necesidad de su cumplimiento, la perdición actual de los hombres y su próxima salvación y remedio; el llamamiento de la gentilidad y la fatal reprobación de Israel, su propia dolorosísima pasión y los gloriosos triunfos de la cruz. Y embargada su alma con tales ideas, enardecióse su corazón con esta empresa sublime y lleno de animoso entusiasmo exclamó: «ha llegado la hora en que el Hijo del hombre ha de ser glorificado. Si el grano de trigo no muere, queda solo y sin fruto; mas si muere, lo rinde colmadísimo. El que ama la vida la perderá, y el que la desama y menosprecia en este mundo, la guarda para la vida eterna.»

Al pronunciar estas palabras resplandecía la faz de Jesús con majestad inefable. Su mirada, reflejo del amor de Dios que abrasaba su pecho, ardía con celestiales fulgores; todo su cuerpo estaba divinamente transfigurado; mas á deshora fué visto mudársele el color, cubrirsele el semblante de sombra de angustiosa tristeza, y en la mirada vagarosa, en el trémulo moverse de labios, en el hablar incierto y apresurado, mostrar la emoción que secretamente le trabajaba. Era evidente que salteada su imaginación por tristes presentimientos, á los afectos de alegría se habían sucedido los del temor y de la repugnancia. Su alma estaba turbada. Vagueaba su espíritu combatido de encontrados afectos; las ideas se sucedían en su mente rápidas, fugitivas y sin dejar rastro de sí; su inteligencia había perdido su habitual radiante serenidad, y caído su corazón en terrible desmayo. En medio de esta turbación exclamó: «mi alma está turbada; y que diré ¿Padre, líbrame de esta hora; mas no he venido para esto?»

La muchedumbre que rodeaba á Jesús, y más especialmente sus discípulos, le miraban atónitos y confusos, sin darse cuenta de la extraordinaria turbación de ánimo que sufría su Maestro; reparó éste en la confusión de sus amigos, y conociendo que la flaqueza visible de su humanidad podría ser motivo de escándalo á los presentes, elevó al cielo sus

¹ Jerem. XXXI 31 y sig.

ojos y oró al Padre que fuese servido de glorificar á su Hijo para mayor exaltación de su nombre. «Padre, decía, haz glorioso tu nombre.» Y apenas hubo hecho esta oración, cuando oyese en el aire una voz como de fuerte tronido que dice: «ya le he glorificado y otra vez le glorificaré,» aludiendo á los milagros con que muchas veces había acreditado su divinidad y á la gloria con que había de exaltarle después del abatimiento de la cruz.

Espantados los circunstantes con fenómenos tan prodigiosos, no apartaban un momento su vista de la persona y del semblante de Jesús. Notándolo éste, les dijo con grave y mesurada majestad: «este es el momento en que va á ser glorificado el hijo del hombre: ahora el Príncipe de este mundo es arrojado fuera, y yo cuando sea levantado de la tierra atraeré todas las cosas á mí;» y volviéndose á sus discípulos añadió: «la luz estará poco tiempo entre vosotros. Marchad mientras la tengáis, no sea que os sorprendan las tinieblas. Mientras que tenéis esta luz, creed en ella, para que seáis hijos de la luz.» Y dichas estas cosas se salió del Templo, y acompañado de sus discípulos se retiró tranquilamente á Betania.

Solia Jesús todos estos días pasar la mayor parte del tiempo en Jerusalén adorando á Dios y adentrando en el Templo á las muchedumbres, las cuales, desde el principio de la madrugada estaban ya allí para escucharle. La majestad que resplandecía en su persona, la dulcedumbre de sus palabras y la santidad de su doctrina tenían embobados y como fuera de sí á cuantos le escuchaban. A todas horas veíase rodeado de gentes deseosas de oírle; en todas partes se aplaudía su milagrosa virtud, su amorosa dulcedumbre, su bondad inefable. Era Jesús el héroe del día, el profeta enviado por Dios á Israel, el restaurador de las esperanzas y de los destinos del pueblo. La reciente triunfal entrada en Jerusalén le había dado inmenso prestigio, y la muchedumbre que le seguía y aclamaba, y más especialmente sus discípulos, esperaban por momentos nuevos y más gloriosos triunfos para el santo Maestro.

Pero juntamente con los amigos de Jesús estaban allí sus enemigos, que viendo que muchos se convertían á su doctrina y aun que no pocos príncipes del pueblo le favorecían y tomaban abiertamente su defensa, andaban inquietos y desatinados, y cada vez más resueltos á quitar de enmedio al que era para ellos origen de tantos disgustos y motivo de tantas molestias y desazones.

Su primer intento había sido prenderle secreta y engañosamente. Mas como entendiesen que nada adelantaban con esto, antes se exponían á que concitadas las pasiones populares se promoviese un tumulto del cual ellos al fin y al cabo fuesen los que más perdiesen, resolvieron llevar las cosas por sus trámites ordinarios y legales, dejando á un lado todo arrebatado, y sustituyendo la astucia á la fuerza y la traición artera y solapada á la persecución franca y violenta. Con esto, como conociesen que para llevar adelante su idea necesitaban de algún pretexto, ya fuese alguna acción culpable, ya alguna palabra imprudente de la cual pudiesen formar querrela contra Jesús y denunciarle ante el supremo Consejo del Sanhedrín, resolvieron llamar á público examen las doctrinas del Salvador, confederándose para esto todos los enemigos de Jesús, fariseos, saduceos y herodianos, mortales enemigos unos de otros, pero espantosamente unidos y conformes en perseguir y armar lazos al Justo; que así suelen unirse los malos para perseguir á los buenos, y los que mirando no más que á sí solos no hallarían más que motivos de aborrecerse, hallan en el odio á los demás razón de unirse y aun de estimarse y buscarse.

Con este acuerdo, pues, un día que estaba Jesús en el Templo enseñando según su costumbre, acercáronse á él algunos príncipes del pueblo y le hicieron esta pregunta, que ya le habían hecho otras veces: «¿dinos, ¿con qué poder haces esas cosas?» Aunque no expresaban cuáles eran las cosas á que se referían, no hay duda que se referían no tanto á los últimos prodigios de Jesús, cuanto á todos los sucesos de los días precedentes, en especial su entrada triunfal en Jerusalén, la purificación del Templo y las maravillosas enseñanzas de su predicación; al hacer esta pregunta esperaban sin duda que como no podía Jesús alegar en su favor la autoridad del Sanhedrín, sería obligado á confesar que obraba por cuenta propia; y en tal caso podían acusarle de alterar las cosas de la Religión y revolver y seducir al pueblo. Conociendo Jesús sus malignas intenciones, les replicó: «¿y con qué poder hacía Juan las obras que hacía?» Esta réplica de Jesús desconcertaba por completo á sus enemigos, porque como la misión sobrenatural de Juan Bautista estaba fuera de duda y era admitida entre el pueblo, tenían que si la negasen habían de excitar el furor de la muchedumbre. Así, confusos y avergonzados, contestaron que no lo sabían, mintiendo en esto, ó no atreviéndose á decir lo que sentían por temor de la muchedumbre.

Adivinando Jesús lo que pensaban en su interior, aprovechó aquella ocasión para explicarles con hermosas parábolas las causas de su mentida ó afectada ignorancia, que eran el endurecimiento de

sus corazones, su falta de preparación para recibir visitación divina, y el no querer andar por los caminos de la justicia; advirtiéndoles que si no se enmendasen, los publicanos y pecadores les precederían en el reino de los cielos: amonestóles, en fin, que Dios llamaba por última vez á las puertas de sus corazones enviándoles á su propio Hijo; que si despreciaban esta ocasión, llamaría á otros pueblos traspasando á ellos la gloria de la Religión y el verdadero culto de la Divinidad, y los desearía á ellos y los entregaría á los furioses de la eterna venganza.

A estas palabras de Jesús creció en tal extremo la indignación de sus enemigos, que intentaron embestir con él y asirle y deshacerle en pedruzcos; y así lo habrían ejecutado, si no hubiesen temido al pueblo, que tenía á Jesús por gran Profeta, y aun por Mesías, y que habría hecho pagar caro cualquier atentado que contra él se intentase.

Tomando, pues, mejor consejo, llamaron en su auxilio á los herodianos. Vinieron éstos y empezaron por hacer á Jesús grandes comedimientos y cortesías, llamándole á boca llena *Maestro*, engrandeciéndole su sabiduría y ponderando sus virtudes y la santa libertad con que no aborrandose con nadie decía á todos la verdad; y después de tales preámbulos le hicieron esta pregunta: «¿es lícito pagar tributo al César?» Era este uno de los puntos que en la teoría y en la práctica daba ocasión á graves disturbios y confusiones en la sociedad israelítica. En verdad estando la tierra ocupada por las armas de Roma, y siendo su vasalla y tributaria, y habiendo ellos mismos admitido y aun solicitado esta obediencia y vasallaje, era natural que le rindiesen tributo en reconocimiento de obediencia: pero el odio á la dominación extranjera, la sumisión á un César gentil en mala hora admitido, y las prescripciones de la ley, oponían mil dificultades á este tributo, ocasionando tales disturbios y revueltas que ya habían corrido ríos de sangre con motivo de tales cuestiones. Proponer, pues, á Jesús esta duda equivalía á armarle un lazo, ya que si respondía que sí, se mostraba poco celador de la ley, y si decía que no, se declaraba rebelde á los romanos, exponiéndose á sus iras y á que le tratasen como á perturbador de la paz pública, y aun le diesen muerte como se la habían dado á Judas gaulonita y á otros. Conociendo esto el Salvador y calando y leyendo en su rostro lo que revolvía en su pensamiento, les dijo: «¿por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda.» Mostráronsele en efecto, y Jesús repuso: «¿de quién es esta medalla é inscripción?» «Del César», dijeron sus enemigos. «Pues dad al César lo que es del César y al Dios lo que es de Dios», replicó Jesús. A esta respuesta que cierto no aguardaban, no supieron qué responder, y confusos y admirados se retiraron, proclamando su prudencia y prorrumpiendo en sus alabanzas.

Visto que ni los fariseos ni los herodianos habían conseguido arrancar á Jesús palabra que diese ocasión para acusarle, acudieron los saduceos. Los cuales, como incrédulos que eran y materialistas y negadores de la resurrección de los cuerpos y del premio y castigo en la otra vida, presentaron á Jesús una dificultad semejante á tantas como suelen proponer los de su calaña, hija de la ignorancia y de la sensualidad, y propia únicamente de entendimientos embrutecidos; es á saber, sobre á quién había de pertenecer, después de la muerte y la universal resurrección, una mujer que en vida hubiese estado casada con siete maridos. Descartando Jesús la parte grosera de la objeción, les respondió que en el cielo no ha de haber esposas ni maridos, sino que serán todos como ángeles de Dios; que en la resurrección desaparecerán todas las imperfecciones del amor humano, y que Dios, Señor de los vivos, vivirá en todos, y todos vivirán en él, y en él serán perfectos y bienaventurados. Oyendo tal respuesta le dijeron algunos escribas: «Maestro, habéis hablado perfectamente;» y corridos de su desatino no se atrevieron á hacerle más preguntas: mas no por esto se rindieron á su doctrina ni confesaron la divinidad de su persona, ni remitieron del odio que le tenían; antes se cegaron y endurecieron más y continuaron maquinando contra su vida.

Tanta obstinación y perversidad, tanta ceguera de entendimiento, tan vil y desvergonzada hipocresía, no pudieron menos de provocar la indignación en el ánimo del divino Maestro. Hasta entonces había procurado éste atraer por mil medios al conocimiento de la verdad aquellos espíritus rebeldes: habales dado ocasión de que cayesen en la cuenta de los errores que oscurecían sus entendimientos, abriéndoles el camino de la gracia y de la reconciliación divina. Ciegos ellos y obstinados, habían desatendido el llamamiento de Dios, habían despreciado la verdad, y aun se habían esforzado por ahogarla en los entendimientos de los demás. Ya era tiempo de que acabase aquella porfía. Los días de la mansedumbre y de la misericordia eran pasados, y llegaban ya los de la severidad y de la justicia. Los derechos de la verdad requerían que se abatiese de una vez para siempre la hipocresía encubridora de los pensamientos y de las obras ruines y malvadas de los hombres, que se iluminasen y revelasen al mundo las intenciones de los cora- nes de much s, y que se apartasen las ovejas de los lobos que las perseguían y devoraban.

Esta revelación y separación iba á ejecutarse por manera clarísima é incontrastable.

Al venir Jesús al mundo lo había encontrado huérfano de virtud y erizado de vicios y maldades. Había hallado sobre todo al pueblo de Israel, su majuelo predilecto, miserablemente perdido y devastado; la divina ley, ahogada por la balumba de las tradiciones de los hombres; el fanatismo del símbolo y de la ceremonia sustituido al culto de la verdad; el Templo destinado á ser fuente de vida espiritual para Israel, hecho para muchos fuente de corrupción y origen de perdición y de muerte. Hacía tiempo que las sublimes verdades y los hechos gloriosísimos que estaban escondidos y simbolizados en los ritos y ceremonias del culto judaico habían desaparecido de las mentes de la mayor parte de los adoradores de Israel. La enseñanza espiritual, predicadora de virtud y reformadora de las costumbres, de los antiguos guías y pastores de Israel, había sido sustituida por la enseñanza de ceremonias y observancias exteriores que ninguna influencia tenían en la regla de las costumbres. Los fariseos por un lado con su ridícula casuística y los saduceos por otro con sus malvadas condescendencias y prevaricaciones, habían hecho vana la observancia de la ley y manchado y profanado la santidad de los más venerandos misterios. Unos y otros habían olvidado que el verdadero reino de Dios es el que se funda en el corazón; que de él sale así lo bueno como lo malo; que de él ha de partir por consiguiente la reforma y corrección de las costumbres, y el nuevo nacimiento por el cual el hombre ha de resucitar á la vida de Dios, engendradora de su salud y felicidad eterna. A establecer esta doctrina se había encaminado la enseñanza de Jesús; ésta fué la Buena Nueva que anunció y predicó á los hombres; y la oposición de esta doctrina con la de los guías y maestros de Israel había dado origen á la terrible contienda trabada con sus enemigos. Esta contienda tenaz, grandiosa, sublime, había llegado á su punto más crítico y decisivo. Después de más de tres años de enseñanza, que no habían sido sino serie no interrumpida de luchas y de contrastes, todos habían podido ver de parte de quién estaba la verdad, y de parte de quién la falsedad y la mentira; era ya tiempo, por consiguiente, de que el que había venido á este mundo á dar testimonio de la verdad revelase é hiciese patentes los juicios de muchos, para que viesen los que no veían, y los que creían ver quedasen ciegos y privados de la luz de la verdad. El divino segador tenía ya en sus manos el bieldo, y con él iba á limpiar la era y á aventar y separar el trigo de la paja, para recoger aquél en el granero celeste y destinar esta al fuego inextinguible. La segur estaba aplicada al árbol maldecido, á las plantas que el Padre no había plantado, y á las ramas que habían engañado á los hombres con su falsa y escandalosa lozanza. Así, dando Jesús de mano á las querellas y contiendas ya de todo punto inútiles, lleno de santa indignación aquel pecho en que tantas veces habían encontrado entrañas de dulcísima misericordia los pecadores y desvalidos, ardiendo en divino furor aquellos ojos que tantas veces habían llevado la paz y la serenidad á las almas desconsoladas, fuese derecho á la raíz del mal que infernaba los pechos miserables de los que se decían pastores de Israel, y no eran sino lobos carnívoros, corrompedores de la conciencia del pueblo y falsificadores y monopolizadores de la verdad divina; y rompiendo de una vez para siempre con sus enemigos, lanzó contra ellos aquellas maldiciones terribles que serán perpetuo torcedor de todos los hipócritas de la Religión y de la virtud, histriones indignos de la verdad, fementidos á Dios y á sus conciencias.

«Ay de vosotros, decía, escribas y fariseos, que cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar á los que entrarían.

Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que rodeáis la mar para hacer un prosélito, y después de hecho lo convertís en hijo del infierno peor que vosotros.

Ay de vosotros, guías de ciegos, que decís: quien quiera que jure por el Templo nada peca, pero quien jure por el oro del Templo debe lo que ha jurado. Necios y ciegos, en buena razón, ¿qué vale más, el oro ó el Templo que santifica el oro?

Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmaís la hierba buena y el eneldo y el comino, y habéis dejado las cosas más capitales de la ley. Estas debisteis observar, y no omitir aquéllas.

Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis lo de fuera del vaso y de la aljofaina; pero por dentro estáis llenos de rapacidad y de inmundicia. Fariseo ciego, limpia antes lo de dentro del vaso para que sea limpio lo de fuera.

Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes á sepulcros blanqueados, que por de fuera parecen vistosos á los hombres, mas por dentro están llenos de huesos de muerto y de toda hediondez.

Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que fabricáis los sepulcros de los profetas y adoráis los monumentos de los justos, y decís: si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profe-

tas; y así atestiguaréis á vosotros mismos que sois hijos de aquellos que á los profetas mataron. He aquí, colmad la medida de vuestros padres. Serpes, casta de víboras, ¿cómo huiréis del castigo del infierno? He aquí que os envío profetas y doctores y sabios, y de ellos mataréis y crucificaréis, y de ellos azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad para que recaiga sobre vosotros toda sangre justa que ha sido derramada sobre la haz de la tierra. En verdad os digo, que todas estas cosas recaerán sobre esta generación.»

Mientras pronunciaba Jesús estas maldiciones terribles, sus enemigos rechinaban los dientes de rabia y coraje; furiosos é indignados revolían á todas partes sus ojos centelleantes, y ya que no podían abalanzarse contra él y matarle en el acto, decidieron de acabar de una vez para siempre con quien era el azote implacable de sus conciencias, el denunciador inexorable de sus crímenes ante la muchedumbre del pueblo y el acusador invencible de sus maldades ante la justicia divina.

Jesús por su parte se retiró tranquilamente del Templo, en el cual no había de volver á entrar. Al descender por sus gradas exteriores, como los discípulos le hiciesen reparar en la mole vastísima del edificio, en la magnificencia y esplendor de los adornos y en la riqueza de dones y ofrendas con que habían exornado sus muros y columnas ya los príncipes extranjeros, ya los devotos particulares, fijó Jesús la vista en aquel grandioso espectáculo, y con semblante grave y entristecido dijo á sus discípulos: «¿veis esas inmensas construcciones? pues yo os digo que de todo esto no va á quedar piedra sobre piedra.» Extrañaron los discípulos aquella sentencia de Jesús, y más el aire resuelto y decidido con que la había pronunciado; pero dominados como estaban por el temor, no se atrevieron á preguntarle sobre el sentido que se envolvía en sus palabras. Preocupados con ellas y con las grandes cosas que acababan de presenciar, andaban tristes y pensativos, y en esta disposición de ánimo atravesaron las calles de Jerusalén y bajando por el valle de Cedron tomaron el camino que conducía á Betania, sitio ordinario de su morada y descanso de las fatigas y preocupaciones del día.

Después de pasar el torrente subieron por el monte del Olivar y llegaron á una pequeña colina que daba enfrente del Templo; allí hizo Jesús ademán de querer tomar breve descanso y sentóse vuelta la cara á la ciudad. Lesase en su rostro la congoja que oprimía su corazón. La contienda con sus enemigos había postrado sus fuerzas. Del empuje de Jesús por arrancarles del abismo á que se precipitaban, y de la voluntad de ellos de no escuchar el amoroso llamamiento de la Providencia, habíase originado en su alma una lucha que había absorbido y quebrantado sus facultades. La previsión de los terribles acontecimientos que en castigo de aquella espantosa rebeldía estaban á punto de venir sobre su pueblo ocupaba su fantasía y esparcía sobre su frente una niebla de indecible tristeza. Al contemplarle en esta actitud rodeáronle los discípulos, tristes y acongojados también. El pavor y la ansiedad se pintaban en sus semblantes. Fijos en él los ojos permanecían silenciosos, no osando turbar la solemne tristeza de los pensamientos de Jesús. Al fin, acercándose á él cuatro de sus más allegados y confidentes, Pedro, Juan, Jacobo y Andrés, le dijeron al oído y como en secreto: «Maestro, ¿y cuándo sucederán esas cosas que habéis dicho, y en qué se conocerá que van á realizarse? ¿Cuál será la señal de vuestra venida y de la consumación de los siglos?» Y arrancando Jesús hondo gemido del pecho, miró con particular atención á Jerusalén, y les fué descubriendo y levantando el velo de lo que deseaban conocer, contando punto por punto todas las calamidades que habían de caer sobre la santa ciudad; y como la ruína y asolamiento de la santa ciudad habían de ser cifra y trasunto de la más espantosa del acabamiento del mundo, les fué pintando con vivísimos colores las desgracias que habían de preceder y de acompañar á esta inmensa catástrofe.

«Cuando oigáis, les decía, hablar de guerras y de tumultos, no os turbéis, porque es preciso que suceda esto antes que venga el fin. Levantaránse pueblos contra pueblos y reinos contra reinos, y habrá en diversos lugares grandes temblores de tierra, pestes y hambres, y se presentarán cosas espantosas y señales extraordinarias en el cielo. Este será el principio de los dolores que habrá que sufrir.

Pero antes que acontezcan estas cosas se apoderarán de vosotros, os perseguirán, os arrastrarán á las sinagogas y á las prisiones: os llevarán á los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer por causa de mi nombre ante los gobernadores y reyes, para que deis testimonio de mí á presencia de ellos. Grabad, pues, en vuestros corazones estas palabras que oís cuando os prendan; entregaos en sus manos, y no premeditéis lo que hayais de responder.

En este mismo tiempo muchos hallarán un motivo de escándalo haciéndose traición y aborreciéndose unos á otros.

Se levantará gran número de falsos profetas que

seducirán á muchas personas, y aumentándose al iniquidad se resfriará la caridad de muchos.

Y este Evangelio del reino de Dios será predicado en toda la tierra para servir de testimonio á todas las naciones, y entonces será cuando vendrá el fin.

Luego que veáis los ejércitos cercar á Jerusalén, sabed que ya se acerca la desolación. Y cuando la abominación de la desolación que fué predicha por el profeta Daniel esté ya en el lugar santo establecida; entendedlo bien, cuando los que están en Judea huyan á los montes, y cuando el que está en el tejado no baje de él para tomar nada de su casa, y el que está en los campos no vuelva para tomar la túnica, ¡ay de las mujeres que estén en cinta y de las que crien en aquellos días!

Rogad para que vuestra huida no sea durante el invierno ni en día de sábado, porque habrá tales trabajos cuales no se han visto ni verán jamás desde el principio del mundo. Y si estos días no se acortasen, ninguno se salvará; pero se acortarán por causa de los justos.

En este tiempo si alguno dijere: éste ó aquél es Cristo, no le creáis, porque se levantarán muchos falsos Cristos y profetas, y harán milagros tan grandes que los mismos elegidos, si pudiese ser, serían seducidos.

He aquí lo que os predigo: como el rayo que sale del Oriente y brilla en el Occidente, así será la venida del Hijo del hombre. Donde está el cuerpo se reunirán las águilas. En aquel tiempo el sol se oscurecerá y la luna no enviará su luz, las estrellas del cielo caerán, y las columnas del cielo temblarán, y entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre á todas las generaciones de los hombres, y verán al Hijo del hombre en las nubes del cielo venir con poder y majestad. El entonces enviará sus ángeles, y éstos, al sonido de la trompeta, reunirán á los elegidos de las cuatro partes del mundo; y, retenedlo bien, no pasará esta generación sin que se cumpla todo esto, porque los cielos y la tierra pasarán, pero no mis palabras. En cuanto al día y la hora nadie lo sabe, ni aun los ángeles de Dios. Sólo el Padre lo conoce.

Cuando el Hijo del hombre venga en su majestad, acompañado de todos los ángeles, se sentará en el trono de su gloria, y presentándose delante de él todas las naciones de la tierra, separará á los unos de los otros, colocará á los primeros á la derecha y á los segundos á la izquierda, y el Rey dirá á los que están á la derecha: venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os tiene preparado desde el principio del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, tuve necesidad de albergue y me recogísteis, estuve desnudo y me vestísteis, enfermo y en la cárcel y me visitásteis. En el mismo acto los justos responderán: Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te dimos de comer? ¿cuándo con sed y te dimos de beber? ¿cuándo sin albergue y te hemos recogido? ¿cuándo desnudo y te hemos vestido y cuándo enfermo en prisión y te hemos visitado? Y el Rey dirá: os digo de verdad que tantas veces como hayais hecho con uno de estos pequeños hermanos míos, lo habeis hecho conmigo.

Enseguida dirá á los que están á la izquierda: retiráos de mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles, porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; tuve necesidad de alojamiento y no me recogísteis; estuve desnudo y no me vestísteis; enfermo y encarcelado y no me visitásteis. Y ellos responderán también: Señor, ¿cuándo te hemos visto tener hambre y sed y no te dimos de comer ni de beber? ¿cuándo en la calle y no te recogimos? ¿cuándo desnudo y no te vestimos? ¿cuándo en prisión y enfermo y no te visitamos? Mas él dirá: yo os digo de verdad que cuantas veces dejásteis de hacer todo esto con uno de mis pequeños, lo habeis dejado de hacer también conmigo.

Al momento de dicho todo esto irán los malos al fuego eterno y los demás á la vida eterna.»

Dichas estas palabras llamó Jesús. La luz de la divina esencia, embistiendo en su persona, le había transfigurado dándole una grandeza y majestad sobre humana. Mirábanle sus discípulos encogidos y silenciosos. El terror sellaba sus labios; el espanto helaba sus pensamientos.

En esto el sol iba ya declinando hacia el ocaso enviando sus rayos moribundos sobre los campos que rodeaban á Jerusalén. Las sombras, cada vez más densas, invadían el espacio. Los montes y los valles, los monumentos por ellos esparcidos y las grandes masas de los edificios que sobresalían en la santa ciudad se iban descolorando y desvaneciendo por momentos. Las postreras vislumbres de la tarde espiraban en las cimas de las montañas, y los primeros fulgores de la noche comenzaban á centellear en las profundidades del firmamento. Un sosiego absoluto dominaba en toda la extensión del horizonte. El ambiente estaba penetrado de vaga indefinible melancolía. Extraño poder semejaba haber invadido el mundo; parecía que sombras siniestras flotaban en el espacio, que el aire estaba impregnado de gritos de amenazas, y que en toda la naturaleza se presentaban los horrores de alguna inminente catástrofe.

El día estaba feneciendo; la noche veníase encima á más andar; y como la soledad, el silencio y la oscuridad, cada vez más profunda, avisasen á la piadosa comitiva de que era tiempo de retirarse de aquel sitio y recogerse á su acostumbrado albergue, alzóse Jesús en pie, y enclavando por última vez los ojos en la ciudad de Jerusalén, imán incontrastable de sus afectos, fijo el pensamiento en los acontecimientos terribles que dentro de pocas horas se iban á desenvolver en ella, dijo á sus discípulos con grande aseveración y tristeza: «dentro de dos días será la solemnidad de la Pascua; dentro de dos días también el Hijo del hombre será crucificado.»

Revelación tan tremenda hubo de acrecentar inmensamente el espanto y el estupor en los discípulos. Aterrada su fantasía y sobrecogido el corazón permanecían inmóviles y callados, sin atreverse á preguntar á Jesús por las circunstancias y particularidades de acontecimientos tan espantosos. Con esta angustia en el alma y con este pavor en el corazón levantáronse todos, y tristes y cabizcaldos guiaron sosegadamente sus pasos hacia la cercana villa de Betania.

MIGUEL MIR

De la Real Academia Española.

Comunión en el campo

Los primeros y tibios rayos del sol de Junio doraban las torres y cúpulas de nuestra alegre capital de España, y al desparramarse sonriendo por las calles y las plazas, empujando hacia el Occidente las últimas sombras de la noche, parecían decir á las personas habitantes de la villa que había llegado la hora de abandonar el lecho y de salir á gozar de los encantos de la luz, de los albores del nuevo día, del espectáculo de la naturaleza que despierta en los húmedos brazos de la aurora, y de compartir con los pájaros con los árboles, con las flores, con las aguas de las fuentes y los ríos el estremecimiento de gozo y de gratitud á Dios que el mundo entero siente al recrearse en sus propias maravillas.

A aquella hora, sin embargo, Madrid dormía. Estas hermosuras del sol que nace en medio de cielos azules y transparentes, bañándose con sus resplandores de rosa y nácar las verdes praderas y los bosques exuberantes de hojas y de flores, no se han hecho para los que vivimos en las grandes ciudades.

Somos hijos de la noche. Preferimos la luz del gas á la luz del alba; y si por ventura el alba nos sorprende alguna vez de pie, es para despedirnos de ella apresuradamente y buscar el reposo cuando en realidad debía comenzar el trabajo.

El domingo, 5, algunos millares de piadosos madrileños, pertenecientes á la asociación de la Guardia de Honor, no sólo habían saludado á la aurora cuando ordinariamente nadie discurre por las calles de la capital, sino que al saludarla habían elevado su pensamiento mucho más allá de donde la aurora sale, mucho más allá de donde viene el sol y de donde empiezan y terminan esos magníficos cielos que allá arriba se extienden como una tenue gasa en que el planeta se envuelve para ocultarse jugando á las miradas de los astros que en él tienen puestos sus ojos investigadores y curiosos.

Más allá, mucho más allá de todo lo visible y de todo lo imaginable, en la inescrutable morada de Dios tenían el pensamiento y el corazón los fervorosos cristianos que á las primeras horas de la mañana de dicho día se reunían en San Martín, y bajo la dirección de nuestro amadísimo Prelado y del Ilmo. Sr. Obispo de Tamasso, se dirigían procesionalmente hacia la Casa de Campo.

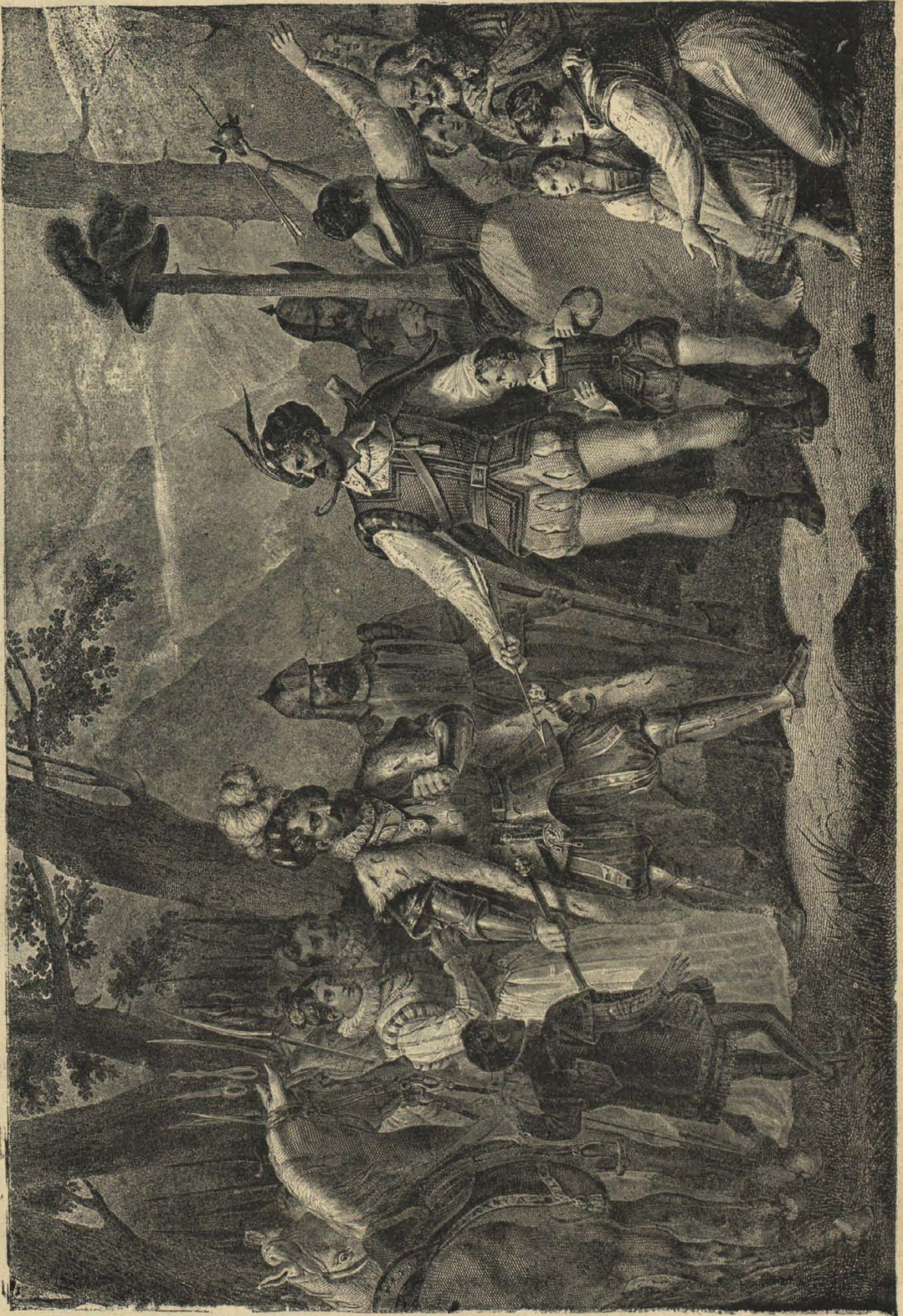
Cruzó aquella piadosa multitud los verjeles del Campo del Moro, y cantaron los pájaros saludando la fé cristiana que iba á adorar y á recibir á Dios entre las espléndidas bellezas de la primavera.

Atravesó el río, y se internó en las soberbias arboledas de la regia posesión, y allí en el fondo de una de las avenidas, cuyos inmensos álamos furman en la altura gallarda y fresca bóveda de hojas suavemente mecidas por el soplo del viento, apareció ante los ojos de la muchedumbre un altar de flores, todo de flores, sosteniendo la imagen de la Inmaculada Virgen.

La reina de los ángeles es también reina de las flores, porque es reina de todo lo que es her-



LORD STRAFFORD MARCHANDO AL CADALSO



GUILLERMO TELL

moso, de todo lo que es puro, de todo lo que es perfume, color, suavidad, luz, armonía; y allí, en aquel trono improvisado, hallábase como Virgen que surge entre las brillantes corolas de un mar de flores, y como Madre que, ataviada con las galas de primavera, se presenta á recibir en día solemne los homenajes de sus queridos hijos.

Luego el Apóstol, con sus vestiduras de oro y seda, celebrando el incruento sacrificio; después la Hostia blanca como la azucena destacándose en los aires, y todas las rodillas y todas las cabezas humilladas en testimonio de adoración, y los pájaros, sintiendo la presencia próxima de Dios, asomándose con asombro por los intersticios de las ramas y piando tímidamente en el solemne silencio de la grandiosa ceremonia, y el viento separando las hojas, que murmuraban, para tomar parte en aquel acto, trasunto de la vida de los cielos... y poco más tarde, la multitud ordenada y conmovida, acercándose al altar y recibiendo de manos del Ministro de Jesucristo la Comunión sacramental que á todos los hace como dioses, porque Dios entra en ellos y funde su corazón en el fuego del amor infinito... Luego la palabra del Sacerdote entonando también, á la par que el cielo azul, que los bosques sombríos, que las flores embalsamadas, que los arroyos cristalinos, que los pájaros y las verdes campiñas, el himno de la alabanza debida al autor de tan admirables bellezas y de tan profundos y consoladores misterios.

Los mismos serafines debieron experimentar un acrecentamiento de amor ante aquel espectáculo que ni plumas, ni pinceles, ni palabras humanas pueden trasladar á la consideración de los que no lo hayan presenciado.

Es la fiesta del espíritu uniéndose á la fiesta de la naturaleza. Es el amor, en su más alta y más ideal expresión, desbordándose místicamente en medio de las maravillas de la tierra, en una mañana primaveral, entre jardines y florestas encantadoras, á orillas de estanques y arroyos, y en un mundo de seres inconscientes que contemplan aquellos vislumbres de la gloria eterna, como si quisieran presentir algo de sus inefables grandezas.

¡Felices mil veces los piadosos cristianos que tuvieron la dicha de amar y recibir á Dios en medio de los bosques, cercados de amenos pensiles bañados con el suave rocío de la aurora y envueltos por el perfumado ambiente de los campos!

¡Almas privilegiadas, hijas predilectas de Cristo y de la Virgen, rogad por Madrid, rogad por nosotros!

VALENTÍN GÓMEZ.

Estudios bíblicos

SOBRE LA FORMA POÉTICA DE LOS HEBREOS

I



ENTRE los resultados obtenidos por los recientes estudios exegéticos sobre la Biblia, no es el de menor importancia el descubrimiento de la forma empleada por los escritores de Israel en la expresión poética de sus ideas y sentimientos. El conocimiento de las reglas á que se ajusta dicha expresión, hace que se comprendan mejor muchos libros del Antiguo Testamento, escritos en verso, y que, á causa de su estilo, son precisamente los más oscuros y difíciles de entender.

Partiendo del falso supuesto de que las formas poéticas prescritas por Aristóteles eran exclusivas é indispensables, por tanto, á toda poesía, se ha venido por mucho tiempo trabajando con empeño en dar cabida á las composiciones poéticas de los hebreos entre los *generos literarios* conocidos de griegos y romanos, pretendiendo que aquéllas debían estar vaciadas en los moldes de éstos. Mas los estudios practicados de algún tiempo acá sobre exégesis bíblica, han hecho ver que la poesía hebrea tiene su forma propia, distinta de la forma de expresión de la poesía greco-latina. Aun en lo que constituye el carácter general común á toda poesía, á saber, el lenguaje poético, más vivo, brillante y rico en galas que el de la prosa, aun en esto se distingue la poesía hebrea de la de los pueblos occidentales por la mayor valentía de las imágenes, por la abundancia de las metáforas, por lo atrevido de las hipérbolos, y, en una palabra, por ese colorido exuberante y apasionado que caracteriza la expresión de los pueblos orientales, á todos los

cuales supera el pueblo hebreo, merced al lirismo esencial y profundamente religioso de su inspiración, que ha hecho de sus cánticos los cánticos del universo cristiano.

Añádase á esto que ningún país del globo ofrece en tan pequeño espacio una variedad semejante á la que ofrece Palestina en accidentes climatológicos y topográficos: allí se encuentran todos los climas, allí montañas y llanos, allí el mar y el río Jordán, los fértiles campos y el árido desierto con fauna y flora ricas y variadas, que vienen á ser fecundo manantial de lozana inspiración para el poeta de Israel, á cuya imaginación se ofrecen en tropel, en comparaciones llenas de gracia y verdad, desde los cedros del Líbano y los nevados picos del Hermón, hasta los lirios del valle y los campos de rosas de Jericó.

Mas sea lo que quiera del lenguaje y estilo poéticos, que en el fondo no puede menos de ser el mismo para todos los poetas, la forma de la poesía no es igual en los diferentes pueblos, sino que varía según el genio de las lenguas y el de los pueblos que las hablan. La métrica griega y latina descansaba en la cuantidad silábica, y á ella se ajustaba la versificación; en tanto que la de los idiomas y pueblos modernos tiene por base el número de sílabas, y entra en la versificación también como elemento principal la rima. Entre los hebreos no existe ésta, y si bien no falta quien crea ver en sus versos cierta medida prosódica, lo que distingue empero particularmente á la poesía hebrea y le dá fisonomía propia, que la separa en un todo de la poesía de los pueblos occidentales, es el *paralelismo*.

El primero que descubrió y afirmó la existencia del paralelismo en la poesía hebrea, fué el sabio orientalista Lowth, profesor de la Universidad de Oxford, en su libro titulado *Lecciones sobre la poesía sagrada de los hebreos*, publicado en 1753, en donde por primera vez aparece el término *parallelismus membrorum*, ahora universalmente aceptado y en uso. Este descubrimiento lo completó luego y popularizó Herder en su libro *Espíritu de la poesía hebrea*, impreso en Dessau en 1872 y 73.

¿Qué es el paralelismo?

Lowth lo define: la *correspondencia de un versículo con otro*. Lo llama *paralelismo de los miembros*, porque la repetición de dos ó tres miembros paralelos es uno de los caracteres constitutivos de la poesía hebrea, en la que jamás se encuentra un verso suelto ó aislado. Es una especie de rima del pensamiento, una como simetría de la idea, expresada ordinariamente dos veces, y en ocasiones tres, en términos diferentes, ya sinónimos, ya opuestos. Hé aquí un ejemplo, tomado del libro de los Proverbios:

La lengua del justo plata escogida.		El corazón del impío, sin valor.
---	--	--

El paralelismo se puede comparar al vaivén de una balanza, que se mueve sobre sí misma. Estas repeticiones del mismo pensamiento descubren un rasgo del carácter oriental, que es más bien lento que vivo, que no da al tiempo el valor que nosotros, y se complace en meditar las mismas ideas. Por lo demás, el paralelismo está en la naturaleza de las cosas, á lo menos en cuanto dice relación al canto, puesto que los estribillos son propios de todas las edades y países.

Sin embargo, podrá ocurrírsele á cualquiera que el paralelismo debe ofrecer un escollo para la poesía, pues siendo á semejanza de un movimiento monótono de vaivén, que no cambia jamás, no parece conciliable con la variedad, que es elemento esencial de la belleza. Este inconveniente se ha evitado mucho mejor que en nuestros poemas escritos en verso alexandrino, gracias á la flexibilidad del genio hebreo y á la variedad de combinaciones que ha sabido introducir en el paralelismo. Hay de éste cuatro especies principales, que se llaman paralelismo *sinonímico*, *antitético*, *simético* y *rítmico*.

1.º El paralelismo es *sinonímico*, cuando los miembros paralelos se corresponden expresando en términos equivalentes el mismo sentido. Con bastante frecuencia hay gradación en el pensamiento, aunque permanezca substancialmente el mismo en ambos miembros paralelos. En los Salmos se encuentran numerosos ejemplos de este paralelismo, y Lowth ya indicó como uno de los más bellos el Salmo CXIV (según el texto hebreo, primera parte del CXIII en la Vulgata), que comienza *In exitu Israel de Egipto*:

Quando Israel salió de Egipto,
La casa de Jacob (de en medio) de un pueblo bárbaro,
Judá vino á ser su Santuario,
Isr el su reino.

Lo vió el mar y huyó:
Volvióse atrás el Jordán;
Los montes saltaron como carneros,
Las colinas como corderos.

¿Por qué huiste, oh mar?
¿Por qué? oh Jordán, volver atrás?
¿Por qué saltar como carneros ó montes?
¿(Y vosotras) colinas como corderos?

Tiembla ante la faz del Señor, oh tierra;
Ante la faz del Dios de Jacob,
Que cambia la pena en fuentes abundantes,
Y la roca en arroyos de agua.

2.º El paralelismo es *antitético*, cuando los dos miembros se corresponden por oposición de los términos ó de los sentimientos. Esta especie de paralelismo se halla usada muy frecuentemente en los Proverbios: la antítesis hace resaltar mejor el pensamiento que constituye el fondo de la sentencia y de la máxima. Véase el siguiente ejemplo del capítulo XXVII, 6-7:

Las heridas del amigo son fieles,
Los ósculos del enemigo son pérfidos.
El hombre harto desprecia la miel,
El hambriento encuentra dulce hasta lo amargo.

Hay también hermosos ejemplos de esta clase de paralelismo en los Salmos. El siguiente es del Salmo XIX (xx) 8-9.

Unos confían en sus carros, otros en sus caballos,
Mas nosotros en el nombre de Jehová, nuestro Dios.
Los unos fueron vencidos, los otros cayeron muertos,
Mas nosotros nos levantamos y permanecemos firmes.

3.º El paralelismo se dice *simético* cuando consiste solamente en una semejanza de construcción ó de medida: las palabras no corresponden á las palabras, ni los miembros de cada frase corresponden á los de la otra como equivalentes ó opuestos en el sentido; pero el aire y la forma son idénticos, el sujeto corresponde al sujeto, el verbo al verbo, el adjetivo al adjetivo, y la medida es la misma. Un bello ejemplo de este paralelismo lo tenemos en la segunda parte del Salmo XVIII (XIX) *Cæli enarrant gloriam Dei*:

La ley de Jehová es perfecta
y recrea el alma;
El precepto de Jehová es fiel
é instruye al sencillo.
Los mandamientos de Jehová son justos
y alegran el corazón.
El decreto de Jehová es lúcido
y alumbrá los ojos.
El temor del Señor es santo,
y permanece siempre
Más apetecible que el oro
que montes de oro.
Más dulce que la miel
que el panal de miel.

4.º Finalmente el paralelismo es á veces simplemente aparente, y consiste en cierta analogía de construcción ó en el desarrollo del pensamiento en dos versos. Entonces es puramente *rítmico*, y se presta, por tanto, á combinaciones innumerables. Los poetas hebreos hacen uso frecuente del mismo, y gracias á él y á las múltiples formas que le han dado, consiguieron vencer la monotonía á que, al parecer, les obligaba la forma misma de su poesía.

Varios son los procedimientos empleados por los mismos para introducir la variedad de expresión en todas las formas del paralelismo. He aquí algunos:

a) Ora el verbo se expresa en el primer miembro y se elide en el segundo, como en el Salmo CXIII ya citado.

Quando Israel salió de Egipto
La casa de Jacob (del medio) de un pueblo bárbaro,
Judá vino á ser su santuario,
Israel - su reino.

b) Ora el sujeto del primer hemistiquio cambia de régimen en el segundo, como sucede, v. gr., en el siguiente pasaje del Salmo *Miserere*, VII:

Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum (ego)
Et in peccatis concepit me mater mea.

c) Otras veces el discurso directo sustituye al indirecto, como en este pasaje del Salmo XCI, 2:

Bueno es confesar al Señor,
Y ensalzar tu nombre, oh Altísimo!

d) A menudo el paralelismo estricto es interrumpido por el empleo de diversas figuras, de la *inversión*, de la *interrogación*, de la *exclamación* y de la *elipsis*. Veamos algunos ejemplos:

De INVERSIÓN:

Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam;
Et secundum multitudinem miserationum tuarum dele iniquitatem meam.

De INTERROGACIÓN:

Anima mea turbata est valde;
¿Sed tú, Domine, usquequo?

e) A veces el sentido se suspende en el primer miembro, y no se completa hasta el segundo, y el paralelismo se indica por las mismas palabras, como en el Salmo CXII, 1.º:

Alabad, siervos de Jehová;
Alabad el nombre de Jehová.

II

Estos modos de variar el paralelismo, fundados en la Gramática y en la Retórica, no son los únicos empleados por los poetas de Israel.

Tenían también otros que, modificando la forma poética, producían una variedad todavía mayor. Veamos algunos:

1.º El pensamiento que el poeta quiere expresar, se desliza en cuatro miembros, y entonces, por un procedimiento análogo al que empleamos en nuestros versos con rimas alternas ó mezcladas, los miembros paralelos no se suceden de dos en dos, sino que están trastocados; de modo que el primero, por ejemplo, es paralelo al cuarto, y el segundo

al tercero, como en este pasaje, tomado del libro de los Proverbios, capítulo XXIII, 15-16:

Hilo mio; si tu corazón obrase con sabiduría,
mi corazón experimentará regocijo;
y mis entrañas saltarán de gozo
cuando tus labios hablaben palabras sensatas.

En este otro ejemplo, tomado del capítulo XXXII, 42 del Deuteronomio, son paralelos el primero y el tercero, el segundo y el cuarto:

Embragaré mis flechas de sangre,
mi espada se hartará de carne;
en la sangre de los muertos y de los cautivos,
de la cabeza de los jefes enemigos

2.º A veces se emplean simultáneamente los paralelismos, sinonímico y antitético, como en el siguiente pasaje del Salmo LXVII:

La verdad germinará de la tierra,
La justicia se manifestará del cielo.

3.º El número de miembros paralelos puede ser múltiple y llegar á tres y hasta cuatro. Es de tres en esta imprecación de David en el Salmo VII, 6:

Persequatur inimicus animam meam et comprehendat,
Et conculet in terra vitam meam,
Et gloriam meam in pulverem deducat.

El Salmo XC, 5 y 6, nos presenta cuatro miembros paralelos consecutivos combinados dos á dos con mucho arte:

Non timebis á timore nocturno,
A sagitta volante in die,
A negotio perambulante in tenebris,
Ab incurso et dæmonio meridiano.

4.º Finalmente, la diversidad de metro en el verso, esto es, el número de palabras ó sílabas medidas que lo componen regularmente, permite introducir un nuevo elemento de variedad en el paralelismo, alternando los versos de diferente metro, ó mezclándolos al arbitrio del poeta. Ya vimos anteriormente un ejemplo sacado del Salmo *Coeli enarrant*; he aquí otro del Salmo XIV (Vulg. XIII):

Dice el necio en su corazón:
no hay Dios.
Sus obras son corrompidas y abominables;
nadie obra bien.
Jehová, desde lo alto del cielo, fija sus ojos
en los hijos de los hombres,
Para ver si hay un hombre sabio
que busque á Dios.
Todos se han extraviado, todos se han pervertido;
nadie obra bien.

III

La importancia y utilidad del estudio y conocimiento del paralelismo, como forma poética de los hebreos, es grandísima, no sólo para comprender y poder apreciar debidamente las bellezas literarias de la Biblia, sino aun mucho más para penetrar el sentido de muchos pasajes oscuros y de difícil interpretación, los cuales se vuelven claros é inteligibles desde el momento en que se les aplican las reglas del paralelismo sinonímico ó antitético. Así, verbo y gracia, el sentido oscuro y casi ininteligible de las palabras *in virtute tua*, del versículo 7 del Salmo CXXI, se determina fácilmente por el paralelismo.

Dice el pasaje:

Fiat pax in virtute tua
Et abundantia in turribus tuis.

El paralelismo marca la correspondencia entre las palabras *in virtute tua* del primer miembro, y las *in turribus tuis* del segundo; de donde se infiere que deben tener en ambos un sentido análogo, y significar lo que constituye la fuerza de Jerusalén en sus fortificaciones ó en sus murallas, como traduce del texto hebreo San Jerónimo.

Algunas veces el paralelismo sirve para fijar la verdadera lección de tal ó cual pasaje. Así, verbo y gracia, prueba que el versículo 17 del Salmo XXI,

Foderunt manus meas et pedes meos,
Diuumeraverunt omnia ossa mea.

=Taladraron mis manos y mis piés, y contaron todos mis huesos, que contiene una profecía de la crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo, debe leerse con nuestra Vulgata *Kâ'aron—foderunt=taladraron*, y no *Kâ'ari—como un león*, según trae el texto masorético; porque esta lección última destruye el paralelismo.

Terminaremos estas ligeras indicaciones sobre la forma poética de los hebreos, haciendo notar las ventajas que ofrece esta forma particular de dicha poesía para traducirla á otros idiomas, sin que pierda enteramente su carácter. Las formas poéticas que están ceñidas á la medida prosódica ó la rima de las palabras, desaparecen necesariamente en las traducciones; por lo contrario, existiendo ordinariamente el paralelismo, no en los sonidos, sino en el pensamiento, puede ser fácilmente conservado. Se diría que Dios, queriendo que los poemas por El inspirados á los cantores de Israel viniesen á ser el canto y la plegaria de la Iglesia universal y del mundo entero, quiso también que estuvieran vaciados en un molde poético capaz de acomodarse fácilmente á cuantos idiomas se hablan bajo del cielo.

VICENTE CALATAYUD.

D. Vicente Calatayud Bonmatí



En Madrid no solemos apreciar á los escritores provincianos en lo que valen; somos respecto de España lo que Francia respecto de Europa, unos intolerantes exclusivistas. Es preciso llegar á Pereda ó Fernán-Caballero para que la prensa madrileña se fije en un escritor provinciano. Y ¡cuántos hay de relevante mérito! Calatayud en Madrid hubiera conquistado ya uno de los primeros puestos; trabajando en provincias ha necesitado escribir casi tanto como el Tostado para que empecemos ahora á conocerle.

Calatayud es valenciano; nació en Aspe, hace ya cuarenta y tantos años. Alumno del Seminario de Orihuela, obtuvo la calificación de *meritissimus* después de seis años de cursar la Sagrada Teología. Es, por consiguiente, un *teólogo, rara avis* entre escritores públicos, aun contando á los católicos. ¡Cuánto ganaría nuestra prensa en fijeza y precisión y hasta en sublimidad de miras si los que á ella consagran sus talentos se hubieran preparado suficientemente con el estudio de la ciencia de las ciencias! Ya era Calatayud bachiller en Teología cuando la revolución de 1868 cerró el Seminario y dispersó á los seminaristas, y transformó á nuestro escritor de *alumno interno con media beca*, en profesor privado de las asignaturas de segunda enseñanza. Pero al mismo tiempo que enseñaba, tenía que someterse á continuar siendo alumno; emprendió, frontero ya á los treinta años, la carrera de Filosofía y Letras, y tanto en el Instituto como en la Universidad, las notas de sobresaliente reemplazaron á los *meritissimus* y *nemine discrepante* del Seminario.

En 30 de Junio del 74 se licenció Calatayud ante el claustro de la Universidad de Madrid. Al año siguiente funda un colegio en Aspe; dos después obtiene en reñida oposición á cátedras oficiales el número 1.º de una de las ternas, y con él la cátedra de Mahón, de donde pasó á Orense, y de Orense al Instituto de Alicante.

En Alicante ha sido donde los talentos y laboriosidad del Sr. Calatayud se han mostrado en todo su esplendor. *El Semanario Católico*, fundado por el inolvidable Campos, fué dirigido por Calatayud desde 1880 hasta su terminación. *El Semanario* no murió, se transformó en *El Alicantino*, periódico diario. Calatayud lo ha dirigido en unión de otro escritor católico de indiscutible mérito: el Sr. Serantes.

El Alicantino es un excelente diario, católico y nada más que católico. Ha reñido y riñe gloriosas batallas contra la francmasonería y el espiritismo.

Calatayud, sin embargo, no se ha satisfecho con los triunfos de la polémica ligera y ardiente del diario. Aspirando, como todo escritor digno de este nombre, á victorias más espléndidas y duraderas, ha escrito muchas obras de verdadero mérito.

Tales son, entre otras, *La flexión nominal latina*, opúsculo que inició en España el método histórico-analítico en el estudio de la lengua latina.

Presentado este opúsculo á la Exposición provincial celebrada en Alicante en 1879, fué premiada con premio de primera clase.

Ortología latina es otro opúsculo en el que el Sr. Calatayud demuestra los no comunes conocimientos que posee en el armonioso cuanto rico idioma del Lacio.

Posteriormente y metodizando las doctrinas expuestas en los dos opúsculos anteriormente citados, vió la luz pública su *Gramática elemental de la lengua latina*, primera que, rompiendo en definitiva con la rutina antigua, establece un método completamente racional y filosófico en el estudio

del latín. Todo cuanto podemos nosotros decir de esta obra está dicho con mayor autoridad por la Real Academia Española en un informe que publicó la *Gaceta* del 5 de Agosto de 1882.

En otro opúsculo intitulado *Las lenguas muertas* (¿?) el Sr. Calatayud deshace la preocupación tan general de que el latín es una lengua muerta, cuyo estudio debe abandonarse por inútil.

Y finalmente, en sus *Observaciones sobre pronunciación latina*, combate la defectuosa pronunciación de algunas palabras latinas en nuestra patria, exponiendo su verdadera pronunciación, la cual demuestra con pruebas y autoridades irrecusables.

Pero no es solamente en este terreno en el que D. Vicente Calatayud se ha dado á conocer como escritor de nota, pues en otro orden de ideas tiene producciones que bastarían por sí solas á hacerle acreedor á aquel título. Hélas á continuación:

Egiptología (traducción del francés), importantísimo folleto en que se pone de manifiesto la armonía entre los descubrimientos que la ciencia lleva á cabo en Egipto y la narración de Moisés.

La sanción moral en la otra vida: Estudio filosófico, también traducido del francés.

Origen del culto y festividad de la Inmaculada Concepción, traducción del latín.

La cesación del trabajo en días festivos. Opúsculo recomendado por varios *Boletines Eclesiásticos* y Revistas Católicas, como «uno de los mejores y más completo de cuantos se han publicado sobre la materia, tanto en España como en el extranjero.»

El culto externo: Monografía premiada en el certamen celebrado en Alicante en Mayo de 1889.

Necesidad del principado civil del Romano Pontífice: Idem premiada en el certamen de Yecla el día 2 de Mayo de 1890.

Principios morales, políticos y sociales que han de servir de base al ejercicio de la libertad: Idem premiada en el certamen de Alcoy de 1890.

Influencia de la prensa periódica en la cultura é ilustración de los pueblos: Idem distinguida con «Mención honorífica» en el certamen celebrado en Alcoy el día 7 de Agosto de 1890.

Manual Bíblico ó curso de Sagrada Escritura para uso de los Seminarios, por Bacuez y Vigonzón, traducido por Calatayud, obra notabilísima de la que se ha publicado el primer tomo (Alicante 1891), y que constituye un eminente servicio prestado por nuestro escritor á la Iglesia y ciencia católicas.

Calatayud, recientemente trasladado al Instituto de Valencia, es, finalmente, en la vida privada un católico ejemplarísimo, y en la pública uno de los profesores más insignes y uno de los escritores que más ilustran y honran á su país.

S.

La Semana Santa en Manila.

Manila 2 de Mayo de 1892.

En las fiestas bullangueras del Carnaval, ni las místicas de Semana Santa, alcanzan gran realce en esta ciudad del Pasig, contra lo que pudiera esperarse, sobre todo por lo que se refiere á las segundas. Ya creo haberlo indicado en una de mis anteriores cartas al hablar acerca de las *Navidades manileñas*; el clima es uno de los factores más importantes y decisivos en todas las manifestaciones de la vida humana, y sin su favorable concurso desmerecen ó fracasan las empresas más conspícuas. Parece indudable que cada clima trae consigo un orden de solemnidades peculiar y adecuado á su especial naturaleza, y que cuando las solemnidades celebradas en diversos climas tienen un fundamento común, se presentan profundamente modificadas en sus accesorios y

circunstancias en cada uno de ellos. Filipinas carece por completo de solemnidades genuinamente propias; las que se conmemoran con más fausto y ostentación reconocen por origen proezas llevadas á cabo mancomunadamente por peninsulares é indígenas, las cuales, por lo mismo, se hallan más al alcance de estos últimos y logran conmoverlos mejor. Las demás son importadas de Occidente, y éstas, si bien en su parte esencial son aplicables, no sólo á los habitantes de estas islas, sino á los de las cinco partes del mundo, no así en sus accidentes: la civilización europea ha exornado las solemnidades de su historia según sus conocimientos y sus gustos, tomando de las circunstancias de lugar y tiempo todo aquello que pudiera añadir nuevos atractivos y perfecciones al espectáculo; y claro es que estos atractivos y perfecciones desaparecen desde el momento en que el espectáculo es trasplantado á tierras donde las circunstancias de lugar y tiempo son completamente diversas, hasta el punto de que lo que constituye perfección y atractivo en una parte, puede muy bien estimarse como defectuosidad y tortura en otra.

Aquí no encaja la frase estereotipada y tan profusamente repetida en la Metrópoli de que *el Carnaval ha muerto*: aquí el Carnaval no ha nacido. Las Ordenanzas municipales por un lado, y las estrafularias costumbres, hijas del clima, por otro, le tienen reducido á un estado embrionario, del que no es fácil llegue á salir nunca. El Carnaval, con sus plásticos epigramas, sátiras y diásimos, cabe muy bien allí donde las cosas se toman en serio, donde el error camina gravemente al lado de la verdad, donde el sórdido vicio maneja la indumentaria de la virtud, donde la necedad disfruta prerrogativas de sensatez, donde la hipocresía pasa plaza de eximia moralidad, donde las manías se venden por arraigadas convicciones y las rutinas por tradiciones respetables, donde la miseria afecta los caprichos del lujo, donde el perifollo reemplaza al ornamento, donde lo estrambótico se predica como elegancia suprema.

Donde esto sucede, es fácil hacer resaltar la sabrosa ridiculez que encierra, bastando para ello un poco de ingenio y otro poco de buen humor debidamente combinados; despiértase la hilaridad en el cacumen de los espectadores, la sonrisa ó la cargada retoza en todos los semblantes, dibujando placenteras y vistosas fisonomías, que se congratulan de la pantomímica ocurrencia, y el episodio carnavalesco resulta, no sólo una diversión agradable, sino una reprimenda provechosa, cumpliendo con más ó menos exactitud el sabio aforismo de *riendo corrigere mores*.

Este género de Carnaval, que en la Metrópoli han desbancado, no sé si ventajosa ó perjudicialmente, el sainete moderno con su gran variedad de formas y denominaciones, el humorismo periodístico y la implacable caricatura, se despega por completo de esta sociedad filipina, ó si se quiere, manileña, compuesta de colonia peninsular con sus tres dialectos, castellano, lemosín y vascongado, de colonia europea, de gremio de mestizos, gremio de naturales y gremio de sangleyes, del grupo de españoles filipinos, de compañías australianas y de varios pelotones de malabares, amén de algunos ejemplares sueltos de yankees y mahometanos. En medio de esta gran diversidad de elementos, cuyos intereses son esencialmente contrapuestos, no es fácil hallar una fórmula común que haga vibrar al unísono los inescrutables sentimientos de tantos individuos y tantas razas. Se necesita para ello la celebración de un suceso de influjo directo, vigoroso y potente, de inmediatas y tangibles consecuencias, de ineludible enlace con el porvenir del Archipiélago, y aun en este caso no suelen asimilarse francamente, sin reservas mentales, más que los peninsulares y los indígenas.

Los demás corren ciegos en pos del negocio, y con tal que les dejen trapihear con los menos sobresaltos posibles, les tiene perfectamente sin cuidado que les ridiculicen ó los ensalcen. Aparte de lo cual no estará de sobra advertir que en estas ricas posesiones nuestras, mejor que la sátira procede la desinfección, y la buena economía aconseja que se robe mucho tiempo á la retórica y al sainete para

dedicarlo á la higiene, y mantener incólumes los fueros de la salud en general y del olfato en particular. No pueden ridiculizarse las costumbres ni los trajes, porque unas y otros apenas existen, y en la mayor parte de los casos son más dignos de los bandos de policía que de las chanzas del humorista, mientras que el elemento peninsular, tan propenso de suyo á la burla y á la chirigota, combatido y inortificado por el clima, prefiere la murmuración reposada, la invectiva confidencial y la muelle contemporización á las alharacas callejeras y manifestaciones bulliciosas.

El Carnaval grosero, que consiste en entregarse á todo linaje de excesos repugnantes, cabe aún menos en estas regiones que el anterior, pues las razas de color resultan naturalmente morigeradas, y el libretinaje tumultuoso de nuestras ciudades, constituiría para ellas un castigo más bien que una diversión. En cuanto á los individuos de las razas blancas, saben demasiado cuáles son las peligrosas consecuencias de abusar de nuestro organismo y de nuestros huesos, y como se ven las orejas al lobo muy á menudo, proceden con mucho tiento y circunspección en materia de jugar con las solapadas enfermedades tropicales que privan en estos países.

En resumen, el Carnaval filipino queda reducido á media docena de criaturas que á prima noche salen á pasear algunos caprichos indumentarios por el andén central de *La Luneta*, mientras la banda de artillería ejecuta hasta las ocho su cotidiano programa; á cuatro mozalvetes indígenas que sacan á relucir místias garrambinas de *coco* y *sinamay*, con poco garbo y sinsentido, y á algún jándalo peninsular que en compañía de otros bromistas alquila un carruaje y recorre el *Malecon* y *La Luneta*, arrancando de guitarras y bandurrias solitarios acordes, que casi ahoga el rumor de los demás coches y el charrasqueo de la resaca. Este año nos han acompañado en esta lánguida y precaria fiesta las tripulaciones de dos soberbios monitores japoneses, cuyos borrosos é imponentes perfiles se dibujaban en los últimos confines de la bahía, alejados de nuestra escuadra y de los buques mercantes, como lomos monstruosos de fornidos cetáceos, que pusieron en movimiento los anteojos de muchos paseantes y de todo el vecindario playero.

Vengo dedicando la mayor parte de esta epístola al Carnaval, no precisamente por inadvertencia, sino porque son ideas que van siempre asociadas en nuestro magín, la del Carnaval y la de Semana Santa, constituyendo el período comprendido entre ambos uno de los ciclos anuales más importantes de nuestros calendarios, y además, porque descritas con mayor ó menor torpeza las circunstancias locales que rodean al primero é influyen en su celebración, pueden inferirse con más conocimiento de causa las que concurren en la segunda, diferenciándola exteriormente de la Semana Santa peninsular.

Lo primero que se echa de ver es la ausencia de la primavera. En nuestros climas coincide poéticamente la resurrección del Redentor del mundo con la resurrección de la naturaleza, y parece como que al arrojar Cristo su mortaja de lienzo para mostrarse esplendoroso y vencedor á sus discípulos, la tierra se siente renacer á las caricias del sol que escala lentamente el alto zénit, nuestras montañas se desenvuelven de sus mortajas de nieve, nuestras flores sacuden las escarchas, y árboles y plantas se cubren de fronda y de pimpollos. Nuestro espíritu parece que también siente renovarse sus alientos, y misteriosas ráfagas olean nuestros cerebros. En algunas poblaciones de España el día de Miércoles Santo las mujeres llevan á bendecir agua al templo en artísticos jarros de cristal, que se reservan exclusivamente para este objeto, y cifran su mayor contento en empenachar la tallada vasija con ramilletes formados de las primeras flores del huerto, poético homenaje al cruento sacrificio próximo á consumarse, y halagüeño augurio de la Pascua de Resurrección, conocida también con el hermoso sobrenombre de Pascua florida.

Todo esto es desconocido aquí. Carecemos de primavera, ó mejor dicho, nadamos en perpetua primavera, y los amenos encantos de que por ministerio suyo se hinche la tierra y la atmósfera, de puro abundosos é incesantes, nos abruman en estas

latitudes, y lejos de reanimar, abaten y fatigan. Las copas de los árboles, siempre verdes y tupidas, los arbustos siempre floreteados y exuberantes, y hasta las yerbas que en la metrópoli forman lindas macetas, alcanzan aquí monstruoso desarrollo, como si padeciesen de polisarcia y envidiasen la mole de los grandes vegetales.

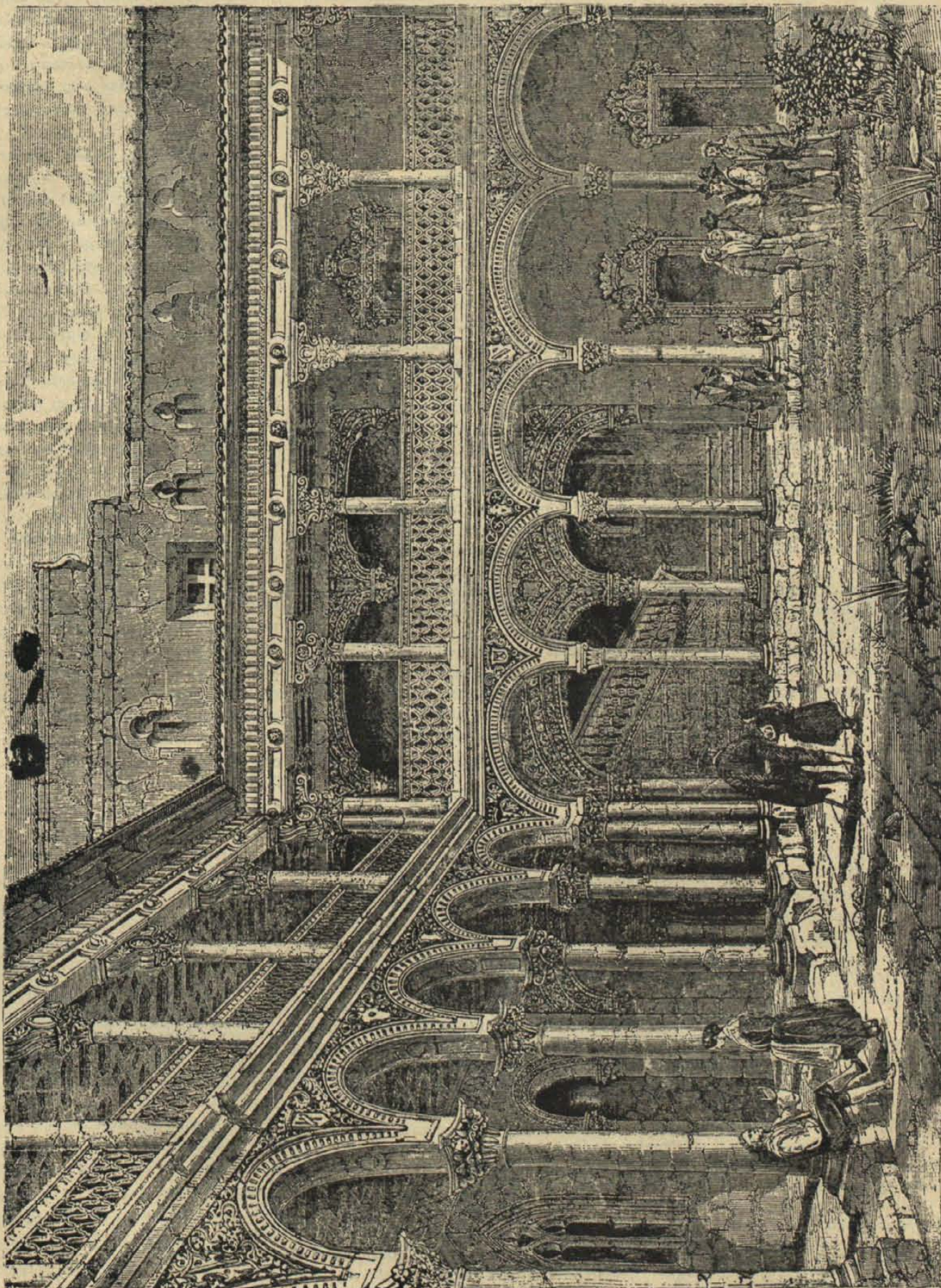
El domingo de Ramos se pasa sin laurel y sin romero, cuya fragancia embalsama el recinto sagrado de nuestros templos, é invade el ambiente de las calles y de las viviendas particulares. Las florestas ambulantes que en tal día se improvisan junto al pórtico de cada iglesia, tampoco se ostentan en los pórticos de los templos manileños. En cambio, la esbelta palmera realiza verdaderos prodigios, y sus colosales ramas afligranadas por el pacienzudo ingenio de los indígenas, triunfan sobre las nuestras, con su talla desmesurada, con sus labores inverosímiles y sus sobrepuestos de flores naturales y artificiales. No es necesario decir que muchas balaustradas de otros tantos miradores quedan engalanadas con tales prendas, al modo que en la Península, hasta que el temporal se las destroza y aventa. Todo tiene algo de maquinal y automático: parece que no es el sentimiento quien se mueve y transmite sus palpitations vivientes á todas partes, sino un aparato de relojería que va consumiendo tranquila y pausadamente la cuerda que Losada ó Remontoir han tenido á bien darle. Recuerdo aquellos bosques flotantes y odoríferos que, empavesados al gusto de cien escuelas, forma la muchedumbre de fieles bajo la anchurosa nave de nuestras catedrales y basílicas, izando los simbólicos arbustos de perenne verdor ante la solemne ceremonia de la bendición sacerdotal, é inútilmente pregunto por ellos aquí: no se ve más que la melancólica y silenciosa palma de trecho en trecho. El calor, el bochorno, casi la asfixia, destempla el sentimiento, enrarece los flujos de la atracción espiritual y desbanda las muchedumbres: por eso, sin duda, los festejos que resultan más ostentosos y rozagantes en Manila, son aquellos que se verifican en los tres últimos meses del año, cuando cesa la estación de las lluvias, y la continua evaporación mantiene más fresca la atmósfera.

Sin embargo, la *perla de Oriente* no se apura por tan poca cosa. ¿No es posible allegar grandes concurrencias, aglomerar público, levantar el espíritu, apasionar el ánimo y encender el corazón? Pues lo que no vaya en calidad, irá en cantidad. El elemento religioso, representado aquí por seis Ordenes monásticas, activas, patrióticas y beneméritas, se conserva aún potente y poseedor de grandes recursos; por eso aquellas solemnidades que caen bajo su dirección ó cuya dirección él comparte con otros elementos, son las más consistentes y lucidas. Por eso, á pesar del clima, la Semana Santa ofrece más relieve que el Carnaval.

Desde el Domingo de Ramos hasta el de Resurrección, ambos inclusive, como dicen los cuentistas, se verifican procesiones diarias por los diversos arrabales de esta capital, y muchos días (que no pueden, en efecto, ser muchos), en vez de una procesión recorren las calles tres ó cuatro, y parece como que el vecindario ó los gremios respectivos compiten en que la procesión de su feligresía resulte la más lujosa, acertada y bien provista. Las del arrabal de Binondo, barrio muy comercial y rico, tienen fama entre todas las demás, á consecuencia de las dispendiosas carrozas que exhiben, representando otros tantos pasos de la Divina Pasión que conmemoran.

Los chinos, ó el gremio de sangleyes, efectúan en estos días un verdadero *tour de force*, diremos para chapurrar el francés, y como al rededor del templo parroquial se agrupan los comercios más opulentos de ese gremio, no hay para qué ponderar la riqueza de las procesiones, hasta en los últimos pormenores, la compostura de los acompañantes con sus cabelleras bien trenzadas, y la profusión de antorchas encendidas, que formando dos apretadas hileras, no han concluido de alinearse cuando ya la procesión se halla de regreso en el interior del templo.

En intramuros somos más parcos en materia de procesiones: no tenemos más que la preliminar de los Padres Recoletos y la magna, que unas veces



PATIO DEL PALACIO ARZOBISPAL DE ALCALA DE HENARES

sale de la Catedral y otras veces, como en este año, de Santo Domingo. Estas procesiones presentan una organización muy diferente de las de nuestra tierra, debido también, sin duda, á la influencia de la localidad, y á los especiales gustos de estos habitantes.

Si consideramos la procesión dividida en dos secciones, podemos asegurar que en la delantera, predominando la imagen del Salvador en los distintos trances de su viaje al Calvario, se agrupan las imágenes de los varones, ya santos, ya réprobos, que intervinieron en el sangriento drama, mereciendo de los propios labios del Redentor promesas de bienaventuranza aquéllos, y dulces é inefables palabras de perdón éstos. En la sección postrera, que domina y corona la veneranda efigie de la Madre-virgen, de cien modos martirizada, van las imágenes de las piadosas mujeres que providencialmente endulzaron aquellas terribles horas de agonía tremenda, y contribuyeron, más con las efusiones del sentimiento que con la conciencia de su obra transcendental, al exacto cumplimiento de las profecías esculpidas en el firmamento con el divino buril de los caudillos de Israel.

En la procesión efectuada por los Padres Recoletos, y que abría la imagen de San Pedro, vestida de túnica verde y manto amarillo, con un gallo blanco al lado, observamos una imagen del Nazareno, debidamente desnuda, que imita perfectamente el tipo indígena, así en sus miembros y facciones, como en el color de la carne, del todo cobriza, sin duda para poner más al alcance de estos naturales, poco versados en las percepciones teológicas que tanto enaltecen á la raza española, los misterios de la fe católica. La mejor prueba de ello es que esta imagen merece la predilección de los indígenas, los cuales, durante el Jueves y Viernes Santo, acuden al templo de Recoletos, se agolpan alrededor del Tabernáculo que la sustenta, colocado en sitio principal; besan las borlas de dos cordones que penden de dos cadenas, nefandas opresoras de la imagen, y depositan con humilde unción la modesta ofrenda al pie del templete. En provincias es muy común representar de esta manera á nuestro Redentor, pues el indígena provinciano, menos ilustrado que el manileño, comprendería aún menos el significado de un *castila* (ellos llaman *castilas* á todos los blancos) puesto en tales trances.

El Jueves y Viernes Santo producen un verdadero cambio de decoración en esta capital, y se siente uno extrañamente sorprendido. Los innumerables barcos del Pasig, así de vela como de vapor, colocan inclinadas las vergas y entenas de sus mástiles, acallan sus bocinas y arrían banderas y gallardetes: semejan un bosque desnudo y escueto, los descarnados é inmóviles brazos de cuyos árboles han sido quebrantados y penden hacia el agua; en el espacio se entrecruzan, formando tristes y caprichosas celosías, constituyendo el espectáculo más imponente de estos días. Tanto ruido, tanto vaivén tanto fragor, tanto vocerío, tanto martilleo, tanto torbellino y confusión... todo se suspende; no hay más que entenas caídas y barcos petrificados. El mismo río parece estremecerse por la novedad, y aquietada también su oleaje.

Queda prohibida la circulación de carruajes, y un silencio profundamente melancólico se extiende por todos los ámbitos de la población; ciérranse oficinas y comercios, y entornan sus puertas casi todas las casas particulares. Manila ha muerto.

Después de los oficios de Jueves Santo, la multitud, saliendo de la catedral, recorre las demás iglesias del distrito, no blaterando y riendo como en Madrid por la tarde, sino aguantando una canícula de doscientos grados y rezando en voz alta por las calles, para lo cual se juntan todos los individuos de una familia. Los monumentos no son ostentosos, ni pueden serlo; la iluminación ha de ser forzosamente escasa, porque sería imposible la respiración en los templos; el piano, lo mismo que en la capital de España, tiene entrada en los recintos sagrados durante estos días; y, efectivamente, sus aéreas notas, apenas pulsadas tan pronto desvanecidas, guardan no sé qué concomitancia con la tristeza general y gradúan melancólicamente el transcurso de estas lúgubres horas. A la una de la tarde se suspende todo

movimiento y se respetan los fueros del calor solar hasta la noche.

Se lucen los mejores trajes, que aquí siempre resultan abigarrados, y el airoso empaque mestizo de las damas, pone su pabellón muy alto. La *pasión* se canta sin cesar en todos los hogares por hombres y mujeres, y toda la corriente del río Pasig parece una plegaria inmensa; marinos y remeros salmodian continuamente, semejando tumbas los barcos y quejas de cementerio el cántico de las tripulaciones. El gallo, el confidente del indio, el alborotador recalcitrante del día y de la noche, que bizarrea siempre sobre los toldos cañizos de las embarcaciones, ha enmudecido y no se ve purpurar su cresta por ninguna parte.

El Viernes Santo se verificó la procesión del *Santo Entierro*, que, como dejo dicho, este año ha salido de Santo Domingo. Van en ella gran número de *pasos*, todos de valía, si bien no puede compararse con la procesión del *Rosario* en punto á ostentación, constituye, sin embargo, un suntuoso resumen de todas las demás procesiones, al que realiza el elemento oficial, acudiendo de rigurosa etiqueta desde la primera autoridad hasta el último empleado.

Al pasar esta procesión por la plaza de Palacio, ocurrió un lance chinesco que, según dicen, pone de muy mal humor á los indios, se repite con frecuencia, y demuestra á mi juicio el sobresalto en que viven los súbditos del Imperio Celeste. Había como unos trescientos chinos situados frente al palacio del Gobierno Civil, y de pronto, y sin que nadie acertara á explicarse la causa, salen todos corriendo como desesperados, acongojados, inacilentes, difundiendo la alarma entre los demás espectadores, y obligando á que volvieran piés atrás algunos ordenandos indígenas que formaban en la hilera central de la procesión, llevando símbolos de la Pasión del Crucificado. Los indios que llegaban huyendo, decían con más ó menos asombro: «¡Estos chinos son los que huyen... siempre hacen lo mismo!» Dadas las simpatías que median entre unos y otros, no son de extrañar ni la extrañeza de los indios, ni el pavor de los chinos.

Un teniente de la Guardia civil Veterana vió á un chino con la cabeza cubierta, y con la espada le indicó que había llegado la ocasión de descubrirse. El chino tan directamente aludido, en vez de hacer lo que le indicaban, volvió espaldas, y apretó á correr sin parar mientes en nada, y atropellando al montón de sus paisanos.

Estos, que creyeron llegada la hora y que se estaba planteando en toda regla la degollina de la raza, imitaron al protagonista, y más ligeros que ardillas se pusieron en cuatro brincos fuera de alcance, disparándose por las bocanillas adyacentes, ciegos, frenéticos, horrorizados, hasta que toparon con los sillares de la muralla opuesta. No volvió á parecer un chino durante toda la procesión, y ésta terminó reposadamente en el punto de donde había salido.

El toque de Gloria se verifica á las nueve del sábado, y va acompañado de una salva de tremendos cañonazos, que se disparan con un respetable Krupp de á 32 centímetros. Apenas suena la primera campanada de un templo, que en esto no hay uniformidad, prorrumpe la gente en una inmensa gritería, que al pronto alarma por la semejanza que tiene con una explosión de ayes y quejidos ante una catástrofe sobrevenida.

Los barcos nivelan rápidamente sus entenas, salen los gallos sobre los toldos, pitan los vapores, se empavesan las gavias, se abren las puertas de las casas, se inundan las calles de coches, todo vuelve á su ser y estado, los chinos sonrían detrás de los mostradores, y al día siguiente se verifican las procesiones del *Saluboug* ó *Encuentro*, que consiste en el encuentro de dos procesiones, en una de las cuales va la imagen de la Virgen y en otra la de Jesús resucitado, incorporándose ambas y regresando unidas al templo parroquial.

F. AGUILAR Y BIOSCA.

!Murió mientras oraba!

«Otro hombre fué hallado de rodillas oculta la cara en sus manos, como si hubiera muerto en oración.»

He recortado este suelto patético de la relación del desastre que tuvo lugar en las minas de hulla, de St. Etienne en Francia, en Diciembre 1891. El fuego había estado ardiendo durante algunos años en una parte remota de la mina, pero su extensión fué impedida por medio de barreras. No obstante, éstas mostraron ser insuficientes al fin, y la terrible mofeta escalló, esparciendo la mortandad por toda la mina. Tales desgracias son demasiado conocidas para que se precisen mayor explicación ó comentario.

¿Te ha ocurrido jamás observar que el interior del cuerpo humano es como el interior de una mina de hulla? Pues así lo es. Todas sus operaciones se llevan á efecto en la soledad y la obscuridad. Se engendran en él gases que son tan peligrosos como las mofetas. Generalmente, sin embargo, detengámonos y oigamos primeramente el corto relato.

Es acerca de una mujer. En efecto, de ella misma procede además, y ha de interesar á alguien, quizás á tí. Dice esta mujer que durante un largo período, desde su infancia hasta años después de su matrimonio, jamás supo lo que era enfermedad; es decir enfermedad que valiera la pena recordarla, ó como si dijéramos, que hubiese hecho mella en ella. Pero excesivamente pocas son las personas que hayan podido esquivar por completo este azote. Tampoco ella. «Era en el verano de 1890,» dice, «cuando empecé á sentirme mal. Mi apetito era apocado, y lo que conseguía comer me causaba fuerte dolor y angustia. El alimento parecía quedar como plomo; y después de cada comida, por más sencillo que fuese el alimento, experimentaba el dolor más molesto que pueda imaginarse. Me sentía un dolor atormentador y opresor en el pecho que comunicaba con los hombros, el cual era muy duro de soportar. Tan malo era, que llegué á creer que algo en mi interior (tal vez un tumor) se estaba formando. Desde luego que entraba alimento alguno en mi estómago, solía yo decir: «Ya empieza queriendo significar ese dolor corroedor.»

»Tomé toda clase de remedios para aliviarme, y me apliqué parches de mostaza sobre el pecho, pero nada me hizo bien. Por algún tiempo no me atreví á hacer una comida como es debido; temía comer, y me puse muy delgada y endeble. Lo más que me era posible hacer era ocuparme de los quehaceres caseros. En Octubre de este año (1891) la señora James Mercer, de High Street No. 170, Longton, me recomendó probase con el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y compré una botella y empecé á tomarlo. Después de varias dosis experimenté alivio. El alimento me sentaba bien, y cuando hube consumido una botella grande todo dolor me había abandonado, y hoy me encuentro tan bien como nunca me he sentido.

»De Vd. atenta, etc.,

»(Firma) ELIZABETH WRIGHT,

»12, King Street, Hanley,

»Staffordshire (Inglaterra).

»Noviembre 19 de 1891.»

Tal vez me preguntarás, ¡oh lector! qué tiene de común la desgracia de los mineros con el caso de la señora Wright. Voy á decírtelo en un instante. Dice esta Señora que se sintió enferma en el verano de 1890. Ahora bien, ¿crees

tú que la enfermedad y su causa se originaron en aquella época? De ningún modo. La causa en primer lugar, y los efectos luego—este es siempre el orden de cosas. Y vé en este caso. Una causa puede estar trabajando durante semanas, ó años, antes que notemos resultados algunos, y hasta que llegamos á notar los resultados, ignoramos que haya nada en desorden. ¿No es así? Los mineros, sin duda, sabían que había fuego en la mina, pero habiendo sido avasallado éste creyeron encontrarse seguros. Las barreras se abrieron y la muerte les sorprendió en un abrir y cerrar de ojos.

El cuerpo es como una mina, según llevo dicho. La enfermedad y la muerte son ocasionadas por la acción de los gases y ácidos venenosos que se hallan dentro de él. Todos proceden del estómago, y entonces se introducen en todas las partes; á veces con rapidez, otras con lentitud. Con mucha rapidez en algunas enfermedades agudas. Los médicos llaman con frecuencia gota á la explosión de ácido úrico. El origen de todas estas cosas destructivas es la indigestión y la dispepsia. Síntomas leves de principio; luego los más terribles y alarmantes. Observa el modo que se producen. Esta fué la enfermedad de la señora Wright. Estuvo sufriendo quince meses antes de saber lo que tenía y lo que debía hacer. ¡Cielos santos! Si supiésemos solamente las diferentes cosas que tienen lugar en nuestros cuerpos, comprenderíamos que hay tanto peligro en trabajar en la cocina como en una mina de hulla.

Al dirigirse el lector á los Sres. A. J. White, Ld., de la calle de Caspe núm. 155, Barcelona, tendrán estos señores mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado explicando las propiedades de este remedio.

El jarabe curativo de la madre Seigel está en venta en todas las farmacias. El precio del frasco es de 14 reales, y el del frasquito, 8.

BANCO HISPANO COLONIAL

ANUNCIO

EMISIÓN DE 1890

Billetes Hipotecarios de la Isla de Cuba

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Luis G. Soler y Plá, el sexto sorteo de amortización de los Billetes Hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1890, según lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 27 de Septiembre de 1890 y Real orden de 13 de Mayo de este año, han resultado favorecidas las cuatro bolas

Números 91, 2.241, 3.032 y 3.053.

En su consecuencia, quedan amortizados los cuatrocientos billetes

Números 9.001 al 9.100, 224.001 al 224.100, 303.101 al 303.200, y 305.201 al 305.300.

Lo que en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.º de Julio próximo, á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, mas el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 10 de Junio de 1892.—El Secretario general, *Artístides de Artiñano*.

Banco de España

Segundo sorteo

NOTA de los títulos de la Deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Números de las bolas que representan los lotes.	NUMERACION	Números de las bolas que representan los lotes.	NUMERACION
	de los títulos que deben ser amortizados.		de los títulos que deben ser amortizados.

Serie A			
41	401	á 10	6667
371	3701	10	6822
427	4261	70	6973
585	5841	50	7088
628	6251	60	7267
964	9631	40	7392
985	9841	50	7633
1090	10891	900	8151
1487	14861	70	8197
1893	18921	30	8751
2177	21761	70	8805
2440	24391	400	9217
2809	28081	90	9876
3014	30131	40	9598
3496	34951	60	9755
3500	34991	35000	10252
3643	36421	30	10280
3857	38561	70	10906
3885	38841	50	1103
3900	38991	39000	11499
3975	39741	50	11867
4163	41621	80	11998
4280	42791	300	12513
4406	44051	60	12580
4581	45801	10	12891
4749	47481	90	12940
5047	50461	70	13561
5057	50561	70	13568
5245	52441	50	13580
5276	52751	60	13589
5484	54831	40	14014
6489	64881	90	14141

Serie B			
390	3891	á 900	5927
1073	10721	30	6208
1186	11851	60	6427
1254	12531	40	6421
1356	13551	60	6451
1438	14371	80	6816
1648	16471	80	7459
2080	20791	300	7468
2106	21051	60	7708
2246	22451	60	7818
2248	22471	80	7821
2499	24981	90	7925
2968	29671	30	8135
3156	31551	60	8307
3448	34471	80	8636
3793	37921	30	8638
4065	40641	50	8761
4182	41811	20	9110
4296	42951	60	9128
4351	43501	10	9528
4871	48701	10	9760
5834	58331	40	9817
5874	58731	40	

Serie C			
266	2651	á 60	5819
565	5641	50	5897
810	8091	100	6003
1079	10781	90	6015
1318	13171	80	6189
1641	16401	10	6332
2232	22311	20	6518
2448	24471	80	6861
2599	25981	90	6895
2624	26231	40	6939
3032	30311	20	7071
3372	33711	20	7125
3577	35761	70	7656
4376	43751	60	8468
4581	45801	10	8683
4672	46711	20	8915
4676	46751	60	9056
4749	47481	90	9113
5006	50051	60	9287
5095	50941	50	9616
5144	51431	40	9751
5323	53221	30	10056
5717	57161	70	

Serie D					
13	121	á 30	1892	18911	á 20
62	611	20	1953	19521	30
312	3111	20	2859	28581	90
873	8721	30	2645	26441	50
960	9591	600	2684	26831	40
1191	11901	10	2928	29271	80
1376	13751	60			

Serie E					
916	9151	á 60	1613	16121	á 30
957	9561	70	1702	17011	20
978	9771	80	1736	17351	60
1381	13801	10	1868	18671	80
1482	14811	20	2124	21231	40

Madrid 1.º de Junio de 1892.—El secretario general, *J. Morales*.—V.º B.º—El gobernador, *Isasa*.

BANCO HISPANO COLONIAL

EMISIÓN DE 1890

Billetes Hipotecarios de la Isla de Cuba

ANUNCIO

Venciendo en 1.º de Julio próximo el cupón número 7 de los Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1890, se procederá á su pago desde el expresado día, de nuevo á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, número 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los Corresponsales, designados ya, en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres en casa de los Sres. Baring Brothers y Compañía Limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse, asimismo, al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa, por medio de doble factura que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.º al 19 de Julio, y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana á la horas expresadas.

Barcelona 10 de Junio de 1892.—El secretario general, *Artístides de Artiñano*.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis. Sana y benéfica; basta una pequeñísima cantidad para aclarar el cutis más obscuro y darle la blancura suave y nacarada del marfil.

Precio en París, 5 francos

Dusser, 1, Rue J. J. Rousseau, París

MADRID

TIPOGRAFÍA DE FELIPE PINTO, BOLA, 3
1892

BANCO DE ESPAÑA

Desde el día 10 del corriente, y bajo facturas que se facilitarán en la Caja del Banco, se admitirán para su señalamiento al cobro los cupones de la Deuda amortizable al 4 por 100 del vencimiento de 1.º de Julio próximo venidero, y los títulos amortizados en el sorteo de 1.º del actual.

A partir del día de mañana se admitirán á descuento, á razón del tipo que rija el día de su presentación, los referidos títulos amortizados, estén ó no depositados en el Banco.

También se admitirán á negociación, con la bonificación que diariamente se fijará en estas oficinas, los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, que hayan sido amortizados en el sorteo de 1.º del corriente,

desde el día de mañana, y los de la emisión de 1890 que lo sean en el día 10, luego que se conozca el resultado del sorteo de la misma fecha.

Los billetes amortizados que estén depositados en el Banco y no hubiesen sido retirados antes del día 17 del corriente, serán presentados al cobro por este Establecimiento, abonándose oportunamente su importe á los interesados con la bonificación que se determine.

Para el descuento ó negociación de los expresados efectos que se hallen depositados en el Banco, bastará la presentación del respectivo resguardo de depósito.

Madrid 6 de Junio de 1892.—
El Secretario general, *Juan de Morales y Serrano.*

GRAN ALMACEN DE MÚSICA Y PIANOS

DE

ZOZAYA, (Editor).

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

Y DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA

34, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 34

Especialidad en música religiosa

Publicamos constantemente todas las novedades de autores españoles y extranjeros.

OBRAS DE ESTUDIO.—CATÁLOGOS GRATIS

LOS QUE TENGAN TOS

va sea reciente ó crónica, tomen las PASTILLAS DEL Dr. ANDREU DE BARCELONA y se la quitarán pronto, por fuerte ó incómoda que sea. Muchas veces desaparece la tos por completo al terminar la primera caja.

PARA TENER LA BOCA

sana, hermosa, fuerte y no padecer dolores de muelas; usen el ELIXIR y POLVOS MENTOLINA que prepara dicho Doctor, cuyo perfume refresca también la boca y aromatiza el aliento.

Pídanse estos medicamentos en todas las boticas.

MONTERA 23

RELOJES
DE PRECISIÓN Y CONFIANZA

JORGE G.º GIROD
Sucesor de Losada.

POLICARPO RUIZ

Grandes almacenes al por menor.

15, JACOMETREZO, 15

Tengo el gusto de poner en conocimiento de mi numerosa y distinguida clientela que he recibido un inmenso surtido en géneros propios de la presente estación, que venderé á precios tan reducidos como ya de antiguo viene haciéndolo esta Casa. Recomiendo al mismo tiempo las ricas Holandas, Retortas, Mantelerías, Géneros de punto, Corsés, Ropa blanca, Cuties, Piezas de tela blanca en hilo y algodón, Lanas, Merinos, Granadinas, Velos toalla, Toquillas de seda y pelo de cabra, é infinitud de artículos. Preciosos Satenes á 1,50; Batistas flores, gran novedad, á 0,60; Percales desde 0,25.

Se hacen camisas á la medida con perfección y economía.

ES DIGNA DE SER VISITADA LA NOTABLE

EXPOSICIÓN DE FLORES, PLANTAS

Y

coronas.

DE

G. KUHN SEIS SALONES CRUZ. 42

Pisos principales.

Sección 1.ª—Flores para vestir. 2.ª—Ornato de salón.—3.ª Flor para iglesia.—4.ª Flor para cementerio.—5.ª Material para flores.—6.ª Plumas y azabache para sombreros.

Siempre el PRIMER surtido en plantas de salón.—Ramos de altar,—y modelos de cristalería, mayolica y mimbre de alta novedad, decorados artísticamente con flores y plantas.

PERUJO-ANGULO

DICCIONARIO

DE

CIENCIAS ECLESIASTICAS

El mejor y más completo de todos los publicados.—Diez volúmenes casi folio, tipos claros, pesetas 110 rústica y 130 encuadernado.—TOMANDO CUATRO EJEMPLARES DE PAGO, SE DA OTRO GRATIS en rústica.—Pedir prospectos.—Librería de Subirana, hermanos, editores.—Barcelona.

SEÑORAS

La perfumería

THOMAS

es la que vende la perfumería fina á precios reducidos.

La perfumería

THOMAS

es la que vende los perfumes sueltos para el pañuelo á 5 reales onza; el Heliotropo blanco, perfume fino, delicado y muy permanente, á 6 reales.

La perfumería

THOMAS

es la que presenta en sus anaqueles un millón de caprichosos objetos con perfumes ó sin ellos, para regalitos de poco precio.

La perfumería

THOMAS

está situada en la calle MAYOR, 36. Fijarse bien en las señas: número 36, entre las calles de Coloreros y Bordadores.

Los precios son fijos, marcados en los objetos.—Prohibido el regatear.